

ESTUDIOS DE VIAGES.

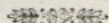


Vista del sepulcro de Akbar.

25 de agosto de 1848.

TOMO VI. 22

AKBAR Y SU SEPULCRO.



En las riberas del Juhma, gran río que riega á Bengala, y en el centro de una provincia sumamente fértil, una aldea se convirtió antiguamente en una gran ciudad; y el que efectuó esta metamorfosis y dotó al país de una maravilla mas entre sus numerosas maravillas, fué Akbar, el mas ilustre de los monarcas indios. Esta aldea se llama *Agrah* y tuvo por nombre Akbar-Abad como su fundador, siendo una de las capitales del famoso imperio del Mogol. Su gran mezquita era mas magnífica aun que la de Soliman en Constantinopla; sus jardines y fuentes formaban deliciosos recintos en medio de sus estrechas y ardientes calles, y sus numerosos *caravanserales* ó casas de hospitalidad, ofrecían á los viajeros, sin distincion de rangos ni creencias, elegantes y cómodas habitaciones; el palacio imperial era uno de los mas hermosos del universo, formado de sillares imitados á jaspe, donde reflejaban como en un espejo los rayos del sol y situado en una duna, á cuyo pie corren las aguas del Juhma, eclipsaba á todos los tesoros de la naturaleza y del arte, que fueron prodigados á esta ciudad. Finalmente, á la orilla del río y hacia la costa oriental de la poblacion, erigió tambien Akbar un fuerte, comenzando en sus dos extremos una muralla que lo rodea en forma de semicírculo casi completo. Esta muralla, así como la fortaleza, está flanqueada de muchas torres redondas colocadas á igual distancia unas de otras, y circunda al fuerte una doble muralla y un foso profundo por el lado donde no la defiende el río. En la actualidad, tanto la fortaleza como las demas obras preciosas, casi se han convertido en miserables ruinas, donde una mano codiciosa va á buscar todavía el poco oro que se presume encierran. Hasta el colosal monumento levantado en honor de Akbar, no ha hallado quien cuide de su conservacion, ni en los sucesores de dicho monarca ni en los ingleses, dueños hoy de aquel territorio. Desde 1603 *Agrah* ha ido sucesivamente perdiendo, y son pocos los monumentos posteriores á esta fecha que merecen una particular mencion. Entre ellos, sin embargo, pueden citarse algunos mausoleos, tales como el *Taje-Mah'l*, el mas suntuoso de todos los del Indostan, construido á principios del siglo XVII por el emperador Shah-Jehan para si mismo y para la sultana favorita Argemunda-Banou. Segun dicen, costó este edificio mas de 80.000.000 de reales y su construccion duró veinte años y catorce dias. Para la realizacion de tan colosal empresa, obligó Shah-Jehan á sus enemigos vencidos á facilitarle todos los materiales de que podian disponer. El *Taje-Mah'l* está construido de mármol blanco, sobre las márgenes del Juhma que corre magestuoso al pie de los cuatro minaretes colocados en la base cuadrada que sustenta el monumento. La cúpula que se eleva en el centro tiene cerca de 83 pies de diámetro. El muro del atrio en cuyo recinto está situado, tiene 71 pies de altura y está construido de piedra roja. En esta pared se ha abierto una entrada algo estrecha, cuyo marco está formado del mármol blanco y negro, cerrandose con una puerta de bronce y coronada de muchas cúpulas de elegante arquitectura. Desde este atrio se pasa á los jardines, y aqui es donde aparece de repente en toda su grandezza el *Taje-Mah'l*; obra maestra del gusto y de la industria humana. Colocado sobre una

enorme basa de 46 pies de altura y 1077 de longitud se eleva atrevidamente la mole prodigiosa de mármol pulimentado, dominando al río que recobra su magestad, reflejando las bellezas de este monumento en el cristal de sus aguas. Sin embargo, no es el mausoleo que acabamos de describir el que llama mas la atencion del viajero; el que la fija del todo, mejor que por su belleza por los recuerdos que despierta, es el de Akbar que ya citamos arriba. De este pues nos ocuparemos, porque ademas de ser tambien una obra maestra de arquitectura india, nos dará motivo para trazar algunos rasgos de la vida admirable del conquistador de Gouzerate y de Dekhan.

Dicho mausoleo se encuentra situado en medio de una vasta llanura: sus colosales proporciones, sus paredes cubiertas de mármol y la maravillosa elevacion de sus pórticos, todo le hace presentar un aspecto sombrío á la vez que imponente. La base de este monumento es de figura cuadrangular, y tiene en cada ángulo un kiosco ó minarete de cortas dimensiones; la pared exterior de este primer recinto, está sostenida por una serie de arcos de estilo oriental, y en cada uno de las cuatro fachadas tiene otras tantas puertas grandiosas y coronadas de kioscos parecidos á los de los ángulos. Estas puertas dan entrada á los jardines donde se halla el sepulcro de Akbar que no consiste en otra cosa, que en una continuacion de plataformas ornadas de kioscos y galerias laterales y dispuestas en pisos; pero solamente la disposicion en que se encuentra construido, le reviste de un carácter que armoniza perfectamente con su destino. Por lo demas, no aparece un vestigio que indique, que en aquel grande edificio se encierran las cenizas del gran monarca, á no ser que observemos el nombre de Akbar grabado en letras de oro encima de la puerta principal. Sin embargo, basta la palabra Akbar, para que al punto venga á nuestra mente una era de gloria para la India.

El nombre de Akbar es muy popular entre los habitantes de las riberas del Juhma y del Nerboudda. Este nombre es allí tan respetado como entre nosotros el de Viriato, Pelayo, etc. Pero pasemos á dar un sencillo bosquejo acerca de su biografía.

Akbar, fué nieto de Baber, fundador de la dinastía del Mogol, é hijo de Houmaïoun. Este monarca, aunque vencedor en Gouzerate y conquistador de Dekhan, la fortuna no le fué siempre propicia, y en varias ocasiones estuvo á punto de perder su corona y su vida; de manera que se hallaba vencido, proscripto y reducido á pedir la hospitalidad de un radjah que compadeció su infortunio, cuando el cielo le concedió á Akbar.

En su consecuencia, el año 946 de la egrira vino Akbar al mundo, viendo la luz primera en la ciudad de Amercot. Educado en la escuela de los buenos príncipes, esto es, en la de la adversidad, desde sus primeros años comenzó á dar señales de las mas felices disposiciones: era muy jóven todavía cuando empezó á adiestrarse en el manejo de las armas; pero con la muerte del usurpador Schere-Schah, volvió á quedar abierta la senda de Delhi al monarca destronado, y vió este con la mayor satisfaccion á su heredero desplegar á su lado una audacia é intrepidez, mayores que las de los mas consumados guerrieros. La muerte prematura de Houmaïoun colocó á Akbar en el trono, cuando apenas tenía catorce años; pero á pesar de su temprana edad, ejeculó cosas tan graves y con tal firmeza y habilidad, que todos concibieron de él las mas lisonjeras esperanzas, sin embargo de que vivia en un tiempo de revueltas y agitaciones. La regencia fué confiada á Byram, compañero de armas del difunto príncipe, y hombre muy fiel á la dinastía mogola. Con efecto, los primeros actos de este ministro fueron un brillante testimonio de sabiduria y elevadas cualidades, pero ¿quién es aquel

que hallándose cercado de honores y poderío no se deslumbra alguna vez? Por eso Byram tuvo un instante en que sintió en su pecho la pasión de ambicionar, y borró con ella todas las virtudes de que había dado pruebas hasta entonces, y tuvo el siniestro pensamiento de arrancar la corona de su legítimo poseedor; pero Akbar aunque muy joven, conoció los intentos de su ministro y tuvo la suficiente destreza para prevenir el golpe. Salíó apresuradamente de Agrab y se encaminó a Delhi á fin de dar por terminada la regencia y declararse independiente. Esta nueva desconcertó á Byram, quien vaciló en ponerse al frente del ejército y marchar contra el soberano, y al fin retrocedió delante de un proyecto hijo de la mas negra ingratitud. Desterróle no obstante el emperador, pero grande en su misma venganza, le colmó de beneficios como á un fiel servidor, aun cuando se había hecho indigno de semejante nombre.

No bien Akbar se halló al frente del gobierno, cuando al punto se dedicó á la ejecución de un proyecto que ya habían emprendido su abuelo y su padre, es decir, la conquista de la India. Echó una mirada codiciosa hacia Malwa, vasta provincia separada del territorio de Agrab por una cordillera de montañas, y cuya capital Onjein es una de las ciudades mas antiguas y veneradas del Indostan. Se apoderó de ella; pero con motivo de las guerras intestinas, efecto natural de muchos siglos de la turbulenta política de aquellos países, se vió precisado á volver contra los rebeldes é inquietos vecinos las armas triunfantes, y mas de ocho años de su reinado los empleó en guerras sin objeto ni utilidad, pero que las circunstancias le obligaban á sostener. En todas partes desplegó un valor y una generosidad propia de caballero, y en todas tambien le acompañó la victoria. Cuando conoció que casi habían cesado las revueltas intestinas que afligian á su pueblo, cuya gloria y prosperidad deseaba, emprendió en 1572, la conquista

de Gouzerate: el éxito fué siempre igualmente favorable. La rebelion de su hermano Hakem en Penjáb vino á suspender por un momento la no interrumpida série de sus victorias: se dirigió contra el insurgente, y le obligó á entrar de nuevo en la obediencia, y el vencido, en vez de hallar en Akbar un dueño airado, encontró un hermano generoso: hecho esto prosiguió su comenzado proyecto de dar cima á su conquista.

Dekhan y una gran parte de la India cayeron sucesivamente en poder del soberano victorioso, quien al fin contaba como el mejor medio de triunfar la misma admiración que inspiraba. Sin embargo, mientras contemplaba el acatamiento y veneración de su gran pueblo, y cuando se disponia á marchar á Tartaria, y resucitar el gran imperio de Tamerlan su antepasado, los pesares domésticos minaban sordamente su nombre y guerrera existencia: la ingratitud del mismo Hakem, que se aprovechaba del perdón para prepararse á nuevas tentativas de revueltas, y la mas inusitada de su propio hijo Selim, llenaron de amargura el corazón de aquel monarca, y la muerte de su ministro favorito Aboul Fazil, y desu segundo hijo Daniel, dieron el último golpe á aquel corazón despedazado. El conquistador de la India, en el instante de su muerte, se vió separado de cuantos amaba. «¡Hijo ingrato! escribió á Selim, ¿envidias á tu padre los pocos dias que le quedan de vida? Acércate á él, que no se defenderá, llega, llega á traspasarle el pecho.» Por último, Selim acudió y se arrojó en los brazos de su padre, quien falleció, bañado con las lágrimas de su hijo, á la edad de sesenta y tres años, y á los cincuenta de su reinado. Sus grandes cualidades han immortalizado su memoria: la fama de sus conquistas llegó hasta las riberas del Tamesis y del Tajo, y las leyes que dictó auxiliado de los conocimientos de su ministro Aboul Fazil, serán siempre un eterno monumento, que acredite su distinguido talento.



ESTUDIOS HISTORICOS.

FR. FROILAN DIAZ

Y LOS HECHIZOS DE CARLOS II, REY DE ESPAÑA.

III.

Aunque se quisiera sincerar á aquellos dos hombres suponiéndolos que obraban de buena fé y con arreglo á sus creencias, la conducta que hacían observar al rey, y la tenacidad con que trataban de destruir al partido de la reina, probaban lo contrario. Se había ya manifestado claramente su objeto, que era ademas de dominar completamente al rey por medio de esta patraña del hechizo, encontrar también una acusacion terrible que lanzar contra la reina.

A pesar del sigilo y reserva con que se habían manejado, doña Ana de Neuburg, que no había perdido de vista á sus contrarios, y que había estrañado mucho el desvío que el rey la manifestaba, y el constante empeño que se tenía en separarla de su lado, comprendió que se meditaba contra ella algun golpe terrible, y á fuerza de investigaciones logró traslucir el asunto de que el inquisidor y confesor se ocupaban. Cuando supo los pormenores y comprendió sus miras, no es posible explicar el furor que se apoderó de su ánimo y el deseo que concibió de vengarse de aquella turba de frailes hipócritas y fanáticos, que afectando dar crédito á las palabras y juramentos del demonio, se valían de este pretexto ridiculo para separarla del rey, privarla de toda influencia y hacerla víctima de una calumnia horrenda. Juró, pues, tomar terrible venganza de cuantos habían tenido parte en los conjuros y declaraciones del demonio, comenzando por el inquisidor general. Mas este no dió lugar á la venganza, pues murió á principios de junio, dejando la causa de hechizamiento en el estado que queda dicho. Por consecuencia de esta muerte, fray Froilan quedaba en primera línea para recibir todos los golpes de la venganza. Los parciales de la reina, conocido ya el terreno en que les preparaban el lazo los contrarios, trataron de batirlos con las mismas armas que ellos habían adoptado.

Fray Antonio Fole de Cardona, comisario general de San Francisco, que antes de vestir la humilde capilla había sido valiente militar y hábil cortesano, fué el encargado por la reina de averiguar el estado que la causa de los hechizos tenía en el tribunal de la Inquisición. Al efecto fué fray Antonio á visitar á un hermano que tenía en el consejo de la Inquisición, á quien le dijo:

—Dime, querido hermano ¿qué noticias hay del infierno? ¿El señor Pluton continúa sin novedad? ¿De qué fecha es la última carta que habeis recibido de tan poderoso y verídico monarca? ¿Os dá noticias bastantes para terminar el negocio que ha dado motivo á tan continuada é interesante correspondencia?—Don Lorenzo Fole, que era un anciano respetable y de una seriedad estremada, miraba lleno de asombro á su hermano, que le había dirigido estas preguntas con un aplomo y formalidad grande, y no pudo menos de contestarle:

—Sin duda pretendes chancearte; pero ni entiendo una sola palabra de lo que me dices, ni puedo com-

prender adonde se dirigen esas preguntas tan estra-vagantes.

—No son en verdad tan estrañas como supones, y el disimulo y sigilo inquisitorial que quieres guardar, son inútiles para ocultar un secreto, de que estoy ya perfectamente enterado. Si, vuestra correspondencia con el demonio, sus juramentos y declaraciones me son ya conocidas, y en vano es quererte fingir ignorante de un negocio que hace ya tanto tiempo se agita, y del que esperais tan importantes consecuencias.

—Protesto por mí fé, añadió el hermano, que nada comprendo de cuanto me dices, ni podré atinar el objeto de tus preguntas, mientras no me hables sin rodeos y me digas qué significan.

Entonces comprendió don Antonio que el consejo de la Inquisición ninguna parte había tenido en el enredo de los hechizos, y declaró cuanto sabía á su hermano, que quedó aturdido de la mala fé y osadía del inquisidor y fray Froilan, que por sí solos se habían empeñado en un negocio tan trascendental y comprometido. Don fray Antonio volvió al instante á ver á la reina, y la enteró de que toda aquella trama infernal, era obra esclusivamente del confesor y de Rocaberti. Asegurada de este hecho la ofendida señora, convirtió todo su furor contra fray Froilan, que muy pronto había de sentir los efectos de su poderosa venganza.

Entretanto el implacable fraile, destituido del apoyo del inquisidor general, no se atrevió á continuar el expediente por medio de su condiscipulo el vicario de Cangas, pero no desistió de su empresa. Mientras la reina y sus apasionados preparaban el golpe que había de hundirlo para siempre, el emperador Leopoldo por medio de su embajador en la corte de España enviaba una relacion auténtica, hecha por el arzobispo de Viena, de lo que el demonio había manifestado por boca de unos energúmenos, exorcismados en la iglesia de Santa Sofia. La revelacion del demonio alemán estaba reducida, á que el rey de España don Carlos II, estaba maleficiado, habiendo sido la autora del hechizo una muger llamada Isabel, que vivía en la calle de Silva; y que los instrumentos y restos del maleficio estaban enterrados parte en un punto de palacio, que designaba, y parte en el umbral de la casa de dicha hechicera. El embajador entregó los papeles al rey, cuya vida prometía muy poca duracion, y al enterarse de su contenido, su convencimiento de hechizado y su aprension, crecieron hasta un punto ridiculo. Al momento mandó que dichos documentos pasasen al consejo de la Inquisición para que procediese á las averiguaciones convenientes.

Aunque el consejo, que siempre había mirado este asunto como una patraña, no vió en esto mas que una nueva trama de fray Froilan, para llevar adelante el compromiso que había contraído en vida del señor Rocaberti, y para encontrar un hecho que de cualquier modo justificase sus fanáticos procedimientos; sin embargo, para cumplir el mandato del rey, practicó cuantas diligencias estaban á su alcance; pero sin resultado ninguno respecto de la hechicera. En los puntos que designaba la relacion, tanto en palacio como en la calle de Silva, cavaron hasta bastante profundidad, y se encontraron ciertos envoltorios, muñecos informes y algunas otras cosas, que aunque se sujetaron al exámen de

teólogos y peritos, ni pudieron comprender qué significaban, ni á qué uso podían destinarse. Pero por si acaso mandaron quemarlos en lugar sagrado, con las ceremonias que previene el ritual romano.

Lástima causaba ver la ansiedad y padecimientos del apocado Carlos II, que creyéndose embrujado de pies á cabeza, rodeado por todas partes de demonios, y sospechando un nuevo hechizo en cuanto tomaba, pasaba una vida llena de amargura, sin valor para separarse ni un ápice de lo que le prescribía ó aconsejaba fray Froilan. Por consejo de este hizo venir de Alemania un famoso exorcista llamado fray Mauro Tenda, fraile capuchino, hombre muy famoso y práctico en los conjuros y conocimiento de los maleficios. Luego que llegó, reconoció escrupulosamente al rey, observándole por algunos días, al cabo de los cuales aseguró positivamente que estaba maleficiado, y encargó á S. M. se pusiese lleno de confianza en las manos de Dios y en las suyas pues tenía esperanzas de curarlo. El pusilánime y fanatizado monarca, no conociendo que no podía vivir porque su físico estaba enteramente destruido, se entregó á discreción al fraile alemán, que por espacio de algunos meses le conjuraba todos los días, y le manejaba á su antojo como un muñeco. En todo esto era el principal agente fray Froilan, que de este modo llevaba adelante la empresa que había comenzado con Rocaherti, y sostenía su influencia, y por consiguiente la del bando francés, que era el contrario de la reina.

Casualidad muy grande habría sido, que en tiempo de este desgraciado monarca se multiplicasen á su redor tan prodigiosamente los endemoniados, y esto hace sospechar que los inventaban los que habían adoptado este medio para sostenerse, y disponer á su arbitrio de su carácter débil y voluntad irresoluta. Carlos II pasaba una vida angustiosa y sobresaltada; todo le asustaba, en todo creía ver el maleficio, por todas partes y en todas cosas veía al demonio que le perseguía, y un acontecimiento, que tiene todas las apariencias de haber sido preparado, pero muy raro si fué casual, acabó de ofuscarle la poquísima razón que en esta materia podía asistírle.

A principios de este mismo año, 1699, hallándose un día el rey solo en su cámara, atravesó el cuerpo de guardia introduciéndose en las habitaciones reales, y pidiendo audiencia una muger que á su traje desaliñado y poco grata figura, añadía movimientos, palabras y contorsiones que parecían de un demente. Los criados del palacio la detuvieron, y querían obligarla á que se retirase; pero se enfureció de tal modo, dió tantas, tan descompuestas y desaforadas voces, que las oyó el rey y preguntó la causa de tan extraño alboroto. Informado de lo que era, mandó que la dejaran entrar. Apenas se vió en la presencia del monarca, comenzó á pronunciar frases incoherentes, á mover con precipitación sus ojos desmayados y errantes, á crispar las manos y sacudir la cabeza como si se hallase poseída de un furor infernal. Temblaba el apocado Carlos II al verse en presencia de aquella furia, que creyó ser el mismo demonio; no se atrevía á moverse ni á mirarla, pero por fin el miedo le suministró valor, y cogiendo un lignum crucis que tenía sobre una mesa, y poniéndoselo por delante se santiguaba sin cesar con la otra mano, gritando con voz trémula y desfallecida: *Favorecedme, que esta muger está endemoniada, que la saquen, que la quiten de aquí, que me va á matar.* Los que se hallaban en la antecámara acudieron á las voces, y á fuerza de empujones lograron echarla á la calle. El rey mandó á don José del Olmo, su arquitecto, que se halló presente, que la siguiese, y averiguase al momento donde vivía, y quién era aquella muger. Volvió á muy poco tiempo y dijo: que aquella muger era doña Ana de Silva, que estaba demente ó endemoniada, que vivía con otras dos que se hallaban

en el mismo estado, y que una de ellas creía tener á S. M. en su cuarto dándole de comer, y haciéndole que obrase en todo como á ella se le antojaba.

Natural cosa era que hallándose Carlos II tan preocupado con su embrujamiento, y tan bien preparado por fray Froilan, recibiese con esta escena una impresión terrible, y mandase hacer sobre ella averiguaciones. Aquellas tres mugeres fueron detenidas y trasladadas á casa de Olmo, á donde pasaron al momento el confesor y el fraile alemán, y comenzaron á reproducirse las escenas de las monjas de Cangas. El infierno entero se conoce que estaba al corriente del negocio del hechizo, puesto que todos los endemoniados sabían alguna cosa de él. Fray Mauro Tenda era entonces el encargado de tomar declaración al demonio en sustitución del fraile de Cangas, y previas las ceremonias de costumbre, comenzó con Satanás el diálogo siguiente.

—¿Juras maldito Satanás decir verdad á cuanto te preguntare como ministro de Jesucristo?

—Si juro, contestó el diablo.

—¿Quién hechizó al rey?

—Una muger hermosa.

—¿Es la reina?

—Si.

—¿Quién le hizo el maleficio á la reina?

—Don Juan Paliar.

—¿De qué nacion es?

—De los allegados á la reina.

—¿En qué se le dió el maleficio?

—En un polvo de tabaco.

—¿Ha quedado mas?

—Si y está guardado en el escritorio.

—¿Qué reina dió el maleficio al rey?

—La que murió.

—¿Hay algun otro maleficio ademas de este, y se sabe quién lo hizo?

—Si, hay otro, y lo hizo una muger llamada Maria de la Presentacion, que vive en el cuarto alto de donde me conjuras.

Otras varias preguntas dirigió fray Marcos á la energúmena á las que no quiso contestar, ó contestó vagamente, ya porque la instruccion se hubiese olvidado, ya porque así conviniese para prolongar aquella farsa. Por fin despues de varias intimaciones y amenazas, la energúmena prorumpió en palabras altamente ofensivas de doña Maria Ana de Neuburg, del almirante don Juan Tomás y de otras personas distinguidas del partido de la reina, lo cual acabó de poner de manifiesto la trama con que estaba urdido aquel negocio.

Fray Froilan había encontrado en fray Mauro y las energúmenas de Madrid mucho mas valor y decision que en el vicario y monjas de Cangas, y un manantial fecundísimo para terminar á su gusto la empresa. Sin embargo, el apoyo del inquisidor general le hacia mucha falta, y refiriéndole y comentándole al rey, los descubrimientos que diariamente hacia fray Mauro, concluía por aconsejarle cuánto le importaba nombrar para inquisidor general á una persona que abundase en sus mismas ideas en lo relativo al negocio de su hechizamiento, porque solo así podría conseguir la salud temporal y espiritual, único objeto que le movía á aconsejarle de este modo, segun el mismo decia.

Entre tanto la reina, que enterada ya de todo lo que fray Froilan había hecho, le seguía la pista muy de cerca, no podía contener su furor, al ver que aquel fraile hipócrita trataba de hacerla aparecer como cómplice en el hechizamiento del rey, rebajando su reputación y la de sus amigos y favorecidos hasta el punto de quererlos perseguir como brujos. Aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban para explorar el ánimo del rey, y y si encontraba algun camino por donde per-

der al confesor; pero este se había parapetado tras la creencia del imbecil monarca, de que estaba hechizado, y que todos querían volverle a hechizar, sino su confesor única persona de quien esperaba la salud. Pero el deseo de venganza de la reina no se minoraba con las dificultades; antes tomaba mas fuerza, y juró batirle en el mismo terreno en que su enemigo intentaba difamarla. — ¡Ah, si yo consiguiera, se decía á sí misma, que el nuevo inquisidor general fuese un hombre enteramente mío, un hombre que siguiese mis inspiraciones! Entonces yo haría que este hipócrita, consultor del demonio, pagase en la plaza pública de Madrid, donde le haría aparecer como reo de fé, las groseras é infames calumnias que contra mí ha fraguado. ¡Ah, no hay duda! El que cree en el demonio, el que apoyado en los juramentos y palabras del padre del inventor de la mentira, se atreve á difamar con intencion maligna la reputacion de personas tan dignas de respeto, obra contra la fé. Fray Froilan caerá á impulso de ese tribunal mismo que ha elegido como instrumento de su maldad, como medio para engañar al rey, y hacer que me aborrezca y desatienda.

Este le pareció el único camino por donde podría lograr con prontitud y seguridad su venganza, y después de haberse puesto de acuerdo con su amigo y decidido servidor el comisario general de san Francisco, se empeñó con el rey para que le nombrase inquisidor general.

No había acostumbrado nunca Carlos II resistir ninguna influencia poderosa, ni había tenido jamás valor para contrariar abiertamente las indicaciones de la reina, cuando esta se las hacia de cierto modo; pero entonces estaba tan bien preparado por fray Froilan, se hallaba tan preocupado con sus conjuros y hechizos, tenía tan entera fé en los preceptos que como medios indispensables de curacion le proponian el confesor y el exorcista, que la reina sufrió una resuelta negativa, so pretexto de que fray Antonio Fole no era obispo, y no había sido costumbre conferir esta dignidad sino á preladados. En vano la reina insistió, suplicó, y adujo los egemplos de fray Tomás de Torquemada y el padre Everardo Nitarh, que de simples frailes habían presidido el tribunal de la Fé: el rey, tal vez por la única vez en su vida, se mostró tan enérgico y decidido, se incomodó tanto, que la reina no se atrevió á insistir, esperando conseguirlo en ocasion mas oportuna: pero fray Froilan que no echaba en olvido lo poco que podía durar en el carácter del rey una resolución firme, trató de evitar otra entrevista de la reina, é hizo que al día siguiente el rey nombrase inquisidor general al cardenal Córdoba.

Sin pérdida de tiempo se envió á Roma por la Bula, y el agraciado fué llamado á la presencia de Carlos II. — Os he llamado, padre mío le dijo, porque creo que por vuestro nacimiento, por vuestra dignidad cardenalicia y por vuestra conciencia, tratareis de llenar las graves obligaciones que lleva consigo el cargo de inquisidor general, para que os he elegido, y al efecto tengo ya pedida la bula á Su Santidad.

Al oír estas palabras el cardenal, se postró á los pies del rey, haciendo mil protestas de eterna gratitud; pero el monarca, levantándole y llorando como un niño, continuó:

— Mirad la confianza que me mereceis, pues pongo en vuestras manos mi salud y mi vida. ¡Estoy hechizado!!! Si, hechizado, y lo creo, porque en mi interior experimento y padezco unas cosas.... Además mi confesor y fray Mauro, me lo han asegurado, y ya veis que no me puede quedar duda ninguna, y puesto que pronto seréis inquisidor general, haced justicia á todos y á mí también, porque de ello depende mi salud y la tranquilidad de mi corazón.

Las lágrimas ahogaban al pusilánime Carlos, y el cardenal estaba otra vez á sus pies, protestándole que no descansaría hasta encontrar la verdad, y castigar severamente á los culpados. *No lo dudeis, señor, le decía, juro por mi consagracion no levantar mano en este asunto, hasta conseguir el completo exterminio de los hechiceros y devolveros la salud.* — Pues id con Dios, añadió el rey, *poneros de acuerdo con fray Froilan, que ya tiene orden mia para enteraros de cuanto hay en el asunto.*

Todas las probabilidades de triunfo estaban entonces por fray Froilan, porque además de estar plenamente autorizado por el rey, las promesas de don Alonso de Aguilar, cardenal de Córdoba, no habían sido una mera fórmula. Estaba resuelto á obrar en aquel asunto con una energía estremada, y de acuerdo con el confesor que le enteró minuciosamente no solo de todas las declaraciones del demonio, sino también de todas sus sospechas y comentarios, comenzó á poner manos á la obra. Para dar mayor fuerza á los procedimientos ulteriores, además de mandar á fray Mauro Tenda que continuase sus investigaciones por medio de las endemoniadas, llamó á su casa á don Lorenzo Fole de Cardona decano del consejo de la Inquisicion, y después de haberle enterado largamente de todo el asunto, le dijo:

— Las diligencias hasta ahora practicadas dan luz bastante para poder descubrir y castigar cual corresponde á los brujos y brujas que han hechizado á nuestro buen rey, y estoy resuelto á comenzar los procedimientos, mandando al tribunal de la Inquisicion de Granada, que al momento ponga en cárcel estrecha y segura al almirante, que á la sazón se halla confinado en dicha ciudad, ocupándole al mismo tiempo todos sus papeles y temporalidades, y apretándole en el tormento el cantar, y si no lo harán sus criados, que también han de ser presos é incomunicados. Los papeles todos bien encajonados y sellados serán remitidos á este supremo tribunal para que los examine, y de este modo estoy cierto, que el hechizo de S. M. se desvanecerá, y los hechiceros serán castigados. Os he llamado para ponerlos al corriente de este negocio y de mis intenciones, y para que como decano del consejo de la Inquisicion, hagais que tome éste las medidas correspondientes, aprobando y ejecutando fielmente cuanto yo ordenase en el caso, y en esto se ha de proceder desde luego y con actividad, pues la bula de inquisidor general aun tardará un mes en venir, y el esperarla seria perder mucho tiempo, porque el negocio es urgentísimo.

Aturdido quedó don Lorenzo al considerar por una parte la desmesurada osadía del cardenal, y por otra la gravedad del asunto que con tanta precipitacion queria comenzar; y con aquella madurez que le daban sus años y larga experiencia de los negocios, le hizo presente; que la medida que había pensado tomar con el almirante era demasiado grave y de incalculables consecuencias, atendida no solo la calidad de la persona, sino también los ningunos fundamentos que había para infamarle tan atrozmente, cuando todos los cargos se apoyaban únicamente en las incoherentes y siempre falsas declaraciones de las energúmenas, por los que ningún cargo judicial podía hacerse. Además, la ocupacion de los papeles del almirante llevaba consigo grandes compromisos, porque podrían encontrarse en ellos cosas ajenas enteramente al tribunal de la Inquisicion, que podría comprometerse gravemente con saberlas; y por fin, que todo aquello le parecia estemporáneo, puesto que su excelencia no podía ejercer las funciones de tal inquisidor hasta haber obtenido la bula, y estar reconocido como tal, ni el consejo y tribunal le obedecerian sin estos indispensables requisitos. Esta respuesta tan justa como prudente, incomodó muchísimo al cardenal, que sin embargo disimuló, y trató de convencer al consejero, empleando para lograrlo

toda clase de halagos, razones y aun amenazas; pero perdía el tiempo porque Cardona, que no era de aquellos hombres fáciles ni cobardes á quienes la ambición ó el temor aparta de su deber, le dijo terminantemente:

—No se moleste su eminencia, pues ninguno del consejo ni yo tampoco daré su dictamen mientras la bula no se presente.

Despidiólo el cardenal muy poco satisfecho de lo que él llamaba terquedad del consejero y al momento llamó á fray Froilan, al padre Tenda y otros de sus amigos, para determinar lo que les convendría hacer.

La reina, que además del deseo de venganza que la animaba contra fray Froilan, aborrecia tambien al nuevo inquisidor solo por el terrible desaire que habia sufrido en su eleccion, se estremeció de rabia al saber los primeros pasos que habia dado en la causa de los hechizos, y redobló su vigilancia para procurarse una venganza cumplida. Sus agentes minaban el mundo, se hallaban en todas partes, y las preguntas que fray Mauro hacia á sus endemoniadas, lo que estas contestaban, los pasos que fray Froilan y el cardenal daban con el rey, sus conversaciones y hasta sus pensamientos, todo llegaba muy pronto á conocimiento de la reina. Esta veía que la osadía de aquellos dos hombres no conocía limite y que en la posicion en que se habian colocado, atropellarian impunemente por todo, si el nuevo inquisidor conseguía la bula y tomaba posesion del destino. En efecto, el peligro era grande é inminente, ella misma no sabía qué partido tomar en aquella apurada situacion; pero la muerte, esa necesidad inevitable en la humana naturaleza, libró muy pronto á la reina de sus justos temores, é hizo cambiar enteramente la escena.

IV.

Mientras la reina discurría y buscaba todos los recursos imaginables para librar á ella y á su partido de la completa destruccion, y de la afrenta que sus enemigos preparaban, fray Froilan y fray Mauro trabajaban noche y dia, á fin de que todo estuviere dispuesto para el momento de llegar la bula, que el inquisidor electo esperaba con impaciencia para dar el golpe decisivo. Esta impaciencia, lo mucho que trabajaba y discurría, y los malos ratos que sus proyectos ulteriores le causaban, le produjeron una pequeña indisposicion, que pareció de poca consecuencia, y consultados los médicos le ordenaron que se sangrase. Siempre este remedio es trascendental en los ancianos, y en el cardenal Córdoba lo fue tanto, que murió al tercer dia de haberle sangrado, sin que apareciese otra causa de su muerte mas que la sangria. Como la muerte parece obrar algunas veces como agente entendido de una parcialidad, y la del electo inquisidor aconteció en tan criticos momentos, dió motivo á varias conjeturas, y aun hubo algunos que aseguraron que la sangria se le hizo con una lanceta envenenada, y que la muerte entró por la cisura; pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que ni un minuto logró ser inquisidor general, pues la bula de Roma llegó la misma noche en que el cardenal habia fallecido.

Tanto como esta muerte desconcertó y anonadó á fray Froilan, tanta alegría y satisfaccion produjo en los amigos de la reina, que conociendo ya por experiencia cuánto le importaba que el inquisidor general fuese suyo, determinó hacer el último esfuerzo para lograrlo, y no sufrir un desaire como el anterior. Puesta de acuerdo con el Ilmo. señor obispo de Segovia don Baltasar de Mendoza, y bajo la promesa solemne que este la hizo de procurarle una satisfaccion publica de todas las calumnias y enredos que contra ella habia movido fray Froilan, asedió al rey por todas partes para que le nombrase inquisidor. Carlos II resistió algun tanto, pero sus padecimientos se habian aumentado tanto en aquellos

días, su espiritu siempre débil é irresoluto estaba tan abatido, que no pudo resistir las súplicas de la reina, y quedó nombrado inquisidor el obispo de Segovia. Tampoco se perdonó diligencia alguna para que las bulas viniesen cuanto antes, y á fines de abril ya habia tomado posesion de su destino.

No quiso el obispo, á quien la reina habia prometido el capelo, si la vengaba de fray Froilan, que esta señora dudase un momento de la seguridad de sus promesas, y uno de los primeros actos de su destino, fué mandar que el capuchino aleman fray Mauro Tenda, fuese á continuar sus investigaciones y exorcismos á uno de los mas estrechos calabozos del Santo Oficio, donde despues de haber sufrido algunos interrogatorios, haber declarado cuanto en el particular sabia, y haber hecho la abjuracion de sus errores, salió perpétuamente desterrado de los dominios de España, dándose por muy contento de esta sentencia, que creyó muy benigna. Mas no era él contra quien se dirigia el golpe; el fanático capuchino habia servido de instrumento al maestro Froilan, y ahora se necesitaban sus declaraciones para que formasen parte del proceso inquisitorial. Con arreglo á él se formularon algunos cargos, y se comisionó al consejero don Juan Bautista Arceamendi, para que notificase al maestro fray Froilan, y le obligase á contestar á lo que contra él resultaba. Se negó á hacerlo pretestando tener un mandato del rey para hacer cuanto habia creído conveniente, en el cual le mandaba tambien S. M. guardar secreto, que no podia quebrantar mientras no le autorizase para ello. El nombre de Carlos II era entonces el escudo con que se cubrian y el pretexto con que se autorizaban todas las intrigas; pero la tempestad que bramaba en torno del confesor, era demasiado violenta, para que pudiese conjurarla con la palabra de un rey ya moribundo, y cuya nulidad era tan conocida de todos.

Al mismo tiempo el provincial de la órden de los dominicos, fray Nicolás Torres Padmota, presentó en el tribunal de la inquisicion una causa formada contra fray Froilan, en la que apareció, que habiendo hecho una visita en el convento de monjas del valle de Cangas, se habian encontrado varias cartas de fray Froilan y de don Tomas Cambero, en las que se prevenian las preguntas que se habian de hacer al demonio por conducto de las energúmenas, y lo que éstas habian de declarar, con todos los demas pormenores de que anteriormente he dado noticia. Ademas se le acusaba en dicha causa de varios actos de hipocresia, y de algunas proposiciones vertidas en Alcalá y Valladolid, que tenian tendencia á la heregia. Vista esta causa en el consejo de la inquisicion, se conoció que en su mayor parte no era mas que animosidades de frailes; mas sin embargo se tomó en consideracion su primer cargo, y en consecuencia don Tomas Cambero fue llamado al tribunal, y obligado á presentar toda la correspondencia tenida con el vicario de Cangas, y todas las cartas que habian mediado en este asunto pasaron á manos del inquisidor general.

Otra vez fué llamado á declaracion fray Froilan, que argüido con las cartas que habian presentado en la causa sus compañeros de habito, y con las que habia presentado Cambero, contestó; que todos aquellos procedimientos estaban hechos con la autoridad competente del señor inquisidor general Rocaberti, y con el mandamiento espreso de S. M., por cuya salud habia emprendido tamaña empresa, creyendo de buena fé, por los síntomas que habia observado, que el señor don Carlos II estaba hechizado y maleficiado, apoyando su modo de proceder con la autoridad de los santos padres, y la doctrina recibida por la Iglesia. Su defensa se apoyaba en el mandato del rey de que nadie hacia caso, y en su buena fé, en la que nadie creia, ni podia creer-

se, por lo tanto no se hizo gran caso de ella. El inquisidor mandó al acusado que dejase de asistir al consejo, y deseoso de asegurar la persona del confesor, pidió al rey una audiencia secreta, y obtenida le dijo, *Señor, mi deber y la justicia, son antes que todo. Vuestro confesor se halla encausado por el santo tribunal en materia grave contra nuestra fe, pero atendiendo la alta dignidad que ejerce cerca de vuestra real persona, el tribunal no puede proceder según exige la causa; pero lo hace presente á V. M. para que determine lo que crea mas oportuno.* El rey, que necesitaba muy poco para asustarse en esta materia, quedó largo rato como en un estado de completa estupidez, mirando atentamente al inquisidor, como pareciéndole un imposible lo que oía, y al fin un poco repuesto le dijo con mucho sentimiento: *Padre, ¿estais cierto, y lo está tambien el consejo de la Inquisicion de que lo que me decís es verdad, y no un falso testimonio?—Señor, mucho siento afligir á V. M., contestó el obispo; pero se ha mirado muy bien y.... ¡ojala no fuera tan cierto!—Ah! Pues en tal caso mirad por la causa de Dios, y haced justicia, que yo al momento lo separaré de mi lado.*

En efecto, el débil monarca ya no miraba sino como á un herege digno de ser quemado vivo, al que pocos minutos antes respetaba como al intérprete de Dios, y de quien se dejaba manejar en todos los negocios. Sin mas informacion que lo que acababa de oír, le destituyó del cargo de confesor, y le prohibió absolutamente presentarse en palacio. La reina, aprovechando este momento de turbacion y susto en que se hallaba el pobre rey, le propuso para confesor al padre fray Nicolas Torres Padmota, acérrimo enemigo de fray Froilan, y decidido partidario de la reina. Fray Froilan quedó asediado por todas partes, en cada paso encontraba un precipicio, y apenas sentía un golpe, cuando ya otro estaba levantado sobre su cabeza. Al siguiente día de su exoneracion y destierro de palacio, recibió una orden del inquisidor mandándole, que en el término improrogable de diez días, se presentase en clase de arrestado en su convento de Valladolid, y allí esperase sus órdenes.

Conoció fray Froilan el grave peligro que corría si llegaban á ponerle preso, y afectando obedecer, salió inmediatamente de la corte, y desle Valverde tomó el camino para Roma, donde creía estar libre de los tiros de la venganza. Mas la reina y el inquisidor que lo espíaban cuidadosamente, luego que supieron que había dejado el camino de Valladolid, trataron de apresarle. No les fue posible darle alcance ya en España; pero escribieron al duque de Uceda embajador cerca de la Santa Sede, dándole estrechísimas órdenes para que en el momento que llegase fray Froilan, lo prendiese y remitiese á España con toda seguridad. Cuando el fugitivo se creía ya fuera del alcance de sus enemigos, y bendecía la Providencia que le había dejado pisar las playas de Italia, se encontró preso, y en manos de un criado de la confianza del embajador, que en un mal barco de transporte emprendió la ruta para España, habiendo estado muy próximos á perecer en la travesía, tanto por el mal estado de la embarcacion, como por un desecho temporal, del que libraron milagrosamente.

Las inquisiciones de Barcelona y Murcia tenían ya de antemano orden para apoderarse de la persona de fray Froilan, caso que desembarcase en sus puntos, y al momento de arribar á Cartagena, fué entregado á los ministros del Santo Oficio, que le trasladaron á Murcia, y le encerraron en una cárcel secreta, dando luego cuenta al inquisidor general. Este, al momento que supo estaba asegurada la persona del ex-confesor, presentó en el consejo la causa que contra él se había formado, y no teniendo entera confianza en los que componían dicho consejo, propuso se nombrase una junta de calificadores, para que con mas imparcialidad juz-

gasen. La junta calificadora fué nombrada, pero no produjo el efecto que el inquisidor se había prometido. Los calificadores, hombres imparciales y desnudos de pasiones mezquinas, declararon unánimemente, que de la causa no resultaba nada contra la pureza de la fe, sino demasiada credulidad y fanatismo.

Esta declaracion fué leída en consejo pleno el día 23 de junio de 1700, y en su consecuencia votaron todos que se sobreyese en esta causa, puesto que los cargos que resultaban contra la fe eran insignificantes, y no merecían que el tribunal se ocupase de ellos. El inquisidor general fué el único que no pudiendo disimular su enojo y deseo de venganza, votó porque se tuviese al presunto reo en cárceles secretas del Santo Oficio, hasta la conclusion definitiva de la causa. Sin embargo, el consejo pleno que sabía que el voto del presidente cuando era solo en nada podía alterar las determinaciones tomadas por la totalidad de él, no hizo caso del voto particular, y dió el asunto por completamente terminado.

Todos estaban en esta inteligencia cuando el día 8 de julio siguiente, el secretario leyó al consejo un auto de prision fulminado contra el maestro fray Froilan Diaz, en un todo conforme con el voto particular del inquisidor general; mas el consejo celoso de sus atribuciones á la par que justo, se negó absolutamente á firmarlo. El inquisidor empleó cuantos medios estuvieron á su alcance para llevar adelante su empeño, reunió en su casa á los consejeros, apeló á la persuasión, á la suplica, á las amenazas, pero todo fué inútil, ni uno solo hubo débil, todos contestaron unánimemente que no firmarian, y el auto presentado quedó como estaba, y por consiguiente sin valor alguno.

Ebrio de cólera estaba el obispo viendo frustrados sus planes de venganza, y que la reina iba á quedar sin la satisfaccion que le había prometido, pero no cedió en la demanda, antes por el contrario adoptó medidas mucho mas fuertes, para que el consejo hiciese por temor lo que no había querido hacer por ruegos. Tres de los consejeros mas condecorados é instruidos fueron arrestados al día siguiente, y el secretario preso en las cárceles de familiares. A los pocos días los tres consejeros quedaron jubilados, y el secretario privado de oficio, y desterrado por cuatro años. Escandalizada estaba la corte con tan desusado acontecimiento, y la causa de fray Froilan era la conversacion de todas partes, traduciendo cada uno los sucesos según su deseo ó el partido á que pertenecía. Solo Carlos II, solo el pobre monarca, era el que no se ocupaba mas que de su embrujamiento, y de reunir reliquias y de colgarse escapularios con la esperanza de librarse de los padecimientos físicos y morales, que le empujaban muy aprisa hacia el sepulcro.

El consejo de Castilla escandalizado, representó contra la arbitrariedad del inquisidor, y contra el atropello cometido con los consejeros, personas tan respetables y condecoradas; pero la reina tuvo buen cuidado de que la representación no llegase á manos del rey, para que no produjese ningún efecto.

Creyendo el inquisidor que ya el tribunal estaría mas sumiso en vista del rigor empleado con sus compañeros, y contando al menos con los tres votos de los que él había nombrado para reemplazar á los jubilados, que por supuesto eran personas de su confianza, volvió á presentar en el consejo el auto contra el maestro Froylan para que lo rubricasen. Pero tambien está vez empleó en vano sus recursos, ni los consejeros nuevamente nombrados ni los antiguos quisieron ceder un punto en menoscabo de las prerogativas del cuerpo, ni obrar contra sus convicciones, de modo que por segunda vez el obispo quedó desairado.

Tantas repulsas solo contribuían á irritar mas el

deseo de venganza en los partidarios de la reina, y en nada mejoraban la posición de fray Froilan, que continuaba sepultado en los calabozos inquisitoriales de Murcia, cuya tribunal seguía su causa por mandato del inquisidor. Bien hubieran querido los inquisidores de Murcia encontrar motivos para declarar a fray Froilan reo de fé, y complacer a su jefe, pero por mas vueltas que le dieron a la causa, por mas que analizaron las preguntas de los exorcistas, las contestaciones de los demonios y endemoniadas, y las esplicaciones que sobre ellas daba el presunto reo, nada pudieron encontrar que fuese contra la religion, su dogma y creencia, puesto que fray Froilan habia obrado bajo una creencia admitida, y lo unico que resultaba era demasiada oficiosidad, imprudencia en las preguntas, miras politicas, si se quiere, en lo cual nada tenia que ver la Inquisicion. En consecuencia el tribunal opinó, que se le debía absolver de todo cargo en materia de fé, y darle completa libertad restituyéndole su buena fama y nombre.

En vista de esta declaracion esperaba fray Froilan ver terminados ó al menos muy disminuidos sus padecimientos, pero su deseo le engañaba, el inquisidor general mandó al tribunal de Murcia que enviase a Madrid los autos y el preso, que no hizo mas que mudar de carcel, pero con notable desventaja. Apenas llegó a la corte fué puesto en reclusion en una celda del convento de Santo Tomás, a cuyo prior se le encargó su custodia, mandándole, que le dejase muy poca luz, lo tuviese en completa comunicacion, y no permitiese que nadie le viese y hablase mas que el fraile que hubiese de entrarle el preciso alimento, y esto solo en el caso de no poderlo él hacer personalmente. El prior, que era enemigo declarado del preso que le confiaban, cumplió con tanta exactitud las órdenes que se le dieron, que dejó muy atrás a los ministros y carceleros del Santo Oficio; fray Froilan jamás habia padecido tanto; la carcel de Murcia le parecia un paraíso y los que le custodiaban ángeles en comparacion de la celda de Santo Tomás y del trato que le daba su hermano de religion, añadiendo a este disgusto el ver casi enteramente destruida su esperanza de mejor suerte, puesto que un prelado que para llevar a cabo su venganza lo habia hollado todo, era de presumir que no cesaria hasta verla completamente satisfecha.

En este angustioso trance se encontraba el desgraciado fray Froilan, cuando en 1.º de noviembre de 1.º 00, murió víctima de sus aprensiones y largos padecimientos don Carlos II, terminando en él la rama de la casa real de Austria, que por espacio de dos siglos habia gobernado a la España, presentando en los monarcas una gradacion digna de considerarse, y que no ha sido única en las familias de larga duracion sobre el trono. Habiendo desaparecido la causa, habiendo sufrido la politica un cambio tan trascendental y grande como el de dinastia, creyeron todos que el inquisidor general desistiria de su empeño, y la causa de fray Froilan seria mirada y fallada en justicia. ¡Pero espanta ver hasta que punto llevan su encono los partidos! Los que con mucha razon calculaban de este modo, se equivocaron; el vengativo y aferrado obispo al dia siguiente de la muerte del rey, envió una orden al prior de Santo Tomás, mandándole estrechar mas la carcel, y redoblar su vigilancia y dureza sobre el preso, y en el consejo, se manifestó mas tenaz que nunca en su empeño de que el auto contra fray Froilan se firmase. La circunstancia de haber quedado nombrado como uno de los gobernadores del reino, le enorgullecía mas, y aumentaba su osadia.

Ni bastó tampoco á acobardarle el que el nuevo monarca don Felipe V, antes de llegar, espidió un decreto mandando que el inquisidor general saliese al momento de Madrid y fuese á residir en su diócesis de Segovia,

antes por el contrario enconó mas su ánimo vengativo y aunque salió de la corte reclamó para que se le dejase ejercer su cargo de inquisidor general y se le sometiese bajo este concepto la sustanciacion de la causa de fray Froilan. Seria muy largo referir todos los escandalosos debates que por esta tenacidad se suscitaron. El Nuncio apostólico en la corte de España, monseñor Aguaviva tomó a su cargo la defensa del obispo de Segovia, a pretexto de que se atropellaba la inmunidad eclesiástica entremetiéndose en un asunto en que solo a su Santidad competia fallar definitivamente por ser causa contra la fé. Al mismo tiempo el consejo de la Inquisicion clamaba por la conservacion de sus prerrogativas; el de Castilla por la defensa de las regalías; y la religion de predicadores por la libertad del preso, y sus encarnizados enemigos porque se le castigase como reo contra la fé. Por todas partes se publicaban impresos defendiendo sus opiniones y apoyando sus derechos; se elevaban consultas, se hacian esposiciones, y todos, aunque cansados de tan largo contender, peleaban con desesperacion. Entre tanto la víctima era fray Froilan, que en aquella oscura y estrecha celda, y bajo la vigilancia del rudo é implacable carcelero, el prior, veia pasar noches y dias, agotándose de cada vez mas su sufrimiento y esperanzas.

El general de la orden de predicadores, en nombre de toda la religion, habia tambien enviado a Madrid un fraile activo, de talento, y de inteligencia en los negocios, para que a toda costa procurase la libertad de un hombre declarado ya libre por todos los tribunales. El maestro Varuthol, aunque jóven y enérgico, hizo cuantos esfuerzos estuvieron a su alcance, apuró hasta su salud para salir airoso en la comision que le habia confiado la orden, pero fué acometido de una grave enfermedad de resultados de tanto afán, en la que perdió un ojo, y tuvo que dejar el campo a los enemigos. Envió la orden en su lugar otro no menos diestro y activo, pero el obispo de Segovia se habia colocado entre estas negociaciones como un muro de bronce, contra el cual se estrellaban todas, de modo que la causa de fray Froilan llegó a ser el escándalo de toda España.

Tan patentes se hicieron las injusticias, las pasiones y las venganzas en esta ruidosa causa, se habló tanto en todos los círculos de la corte, que el descrédito de la Inquisicion llegó al último extremo, y tanto, que algunas personas entonces muy influyentes, entre las que se contaba a la princesa de los Ursinos, fueron de dictamen que un tribunal de que hasta tal punto podia abusarse, en el que bajo el pretexto de religion y de conservacion de la pureza de la fé, se podian llevar tan lejos los odios é intrigas, debía extinguirse del todo. Aunque disimulado bajo el nombre de economia, así se lo aconsejaron al señor don Felipe V, que habiéndose criado en Francia, donde no conocian esta institucion, no estuvo lejos de adoptar la estincion del Santo Tribunal, pero la guerra civil que afligia a la nacion, y las circunstancias que le rodeaban en su reino, tan menoscabado y lleno de pasiones, le impidieron ponerlo en ejecucion.

Por fin, causado el nuevo monarca de tantas consultas, reclamaciones y contiendas como en la causa de fray Froilan habia habido, determinó poner fin a tan embarazoso negocio, y en octubre de 1704, despues de haberse enterado muy bien de todos los trámites de la causa, por medio de don Lorenzo Fole de Cardona, levantó el destierro, y volvió a sus destinos a los consejeros que habia desterrado y jubilado el inquisidor general, enviando a este un decreto del tenor siguiente.

El rey. — Usando de la suprema regia y jurisdiccion que me compete, y por motivos de conciencia y justicia que me estimulan, os mando, que sin dilacion alguna, remitaís al consejo de Inquisicion todos los autos originales, así los fulminados en esta corte, como por el tribu-

mal del Santo Oficio de Murcia contra la persona del maestro. Froilan Diaz, para que en él se vean y determinen conforme á los sagrados cánones, instrucciones del Santo Oficio, y disposiciones del derecho; y que conserveis al consejo y sus ministros, que lo son míos, en la posesion y preeminencias con que estaban, así de votar como en lo demas, segun han estado en tiempo de vuestros antecesores, y los hallasteis cuando entrasteis á servir la inquisicion general, sin alterar en nada la observancia y costumbre, que de tantos años á esta parte se ha practicado, y de haberlo ejecutado me dareis cuenta. De Madrid á 3 de noviembre de 1704.—Yo el rey.—Al obispo inquisidor general.

No podía darse una reprension mas severa ni una censura mas completa de los procedimientos del inquisidor, que comprendiendo que ya no era un rey hechizado el que gobernaba, y calculando que ya le seria no solo inútil, sino tambien muy difícil llevar adelante su odio contra fray Froilan, obedeció sin réplica; y los autos pasaron al consejo de la Inquisicion. Este, haciendo justicia á fray Froilan, vindicaba tambien sus derechos y prerogativas holladas por el inquisidor general, y le daba una leccion importante, y por lo mismo la causa fué vista sin levantar mano, de modo que el 17 del mismo mes y año se publicó en dicho consejo la sentencia siguiente.

«En la villa de Madrid á 17 de noviembre de 1704, los señores del consejo de S. M. de la santa general Inquisicion, habiendo visto los autos en sumaria contra el maestro Froilan Diaz, de la orden de predicadores, hechos en esta corte; y el parecer que sobre lo que resultaba de ellos dieron cinco teólogos nombrados por el excelentísimo señor obispo de Segovia, estando en el consejo con la copia del voto y parecer del consejo, y entrega á don Juan Cristóbal de Urrelo, secretario de cámara de su excelencia, la advocacion que su excelencia hizo á si de esta causa, y de su remision al tribunal de la Inquisicion del reino de Murcia, causados en ella, y lo que por acuerdo de los señores se prosiguió sobre la averiguacion de lo contenido en la declaracion de diferentes proposiciones y hechos que en el año de 1688 acaecieron, y todo lo demas contenido en los dichos autos, etc., dijeron conformes: que de todos los autos referidos no resulta culpa alguna que constituya al dicho maestro Froilan Diaz reo del Santo Oficio, y que los hechos desde el día 23

de julio de 1700, sin embargo de ser nulos, los declaraban y declararon por injustos contra la inocencia, que manifestamente consta de todos los dichos autos, y que en justicia debe ser dicho maestro Froilan Diaz y sea restituido al ejercicio de su plaza de consiliario de este consejo, con todos los gages que corresponden al tiempo que ha dejado de servirla, y á todos los puestos y honores que tenia, y á su convento del Rosario de esta corte, y que de este auto se remita copia autorizada á todas las inquisiciones: y así lo rubricaron, etc.—Siguen las firmas.

Aquella misma tarde una comision del consejo acompañada de uno de sus secretarios, pasó al convento de Santo Tomas y notificó al prior el auto ya citado, y en su consecuencia el atribulado fray Froilan recobró su libertad despues de cinco años de amarguras y padecimientos, que le acarrearón su necio fanatismo, del que abusaron los que le habian elegido para instrumento de sus intrigas políticas, ó su deseo de complacer á los que le habian colocado en el alto puesto de confesor del rey.

Acostumbrado por tanto tiempo á la lobreguez de los calabozos estaba cuasi ciego, y al principio no podia sufrir la impresion de la luz, hasta que poco á poco fué acostumbrándose. Al salir de Santo Tomas no pudo menos de dar gracias á Dios y á sus amigos que habian contribuido á arrancarle de las manos de su implacable enemigo el obispo, y de su caritativo prior, á quien dijo al despedirse: *padre: Nuestro Señor pague á V. P. tanto como me ha dado en que merecer, tanto como me ha proporcionado ejercitar mi paciencia y sufrimiento.* El prior avergonzado con su duro proceder, apenas pudo balbucear que era mandado, y la comision se separó de él dirigiéndole una mirada de indignacion y desprecio. Aunque fray Froilan habia padecido mucho, sin embargo, la declaracion de su inocencia, la reposicion en sus anteriores dignidades, la satisfaccion de su victoria despues de tan larga pelea, y los consuelos que le prodigaron sus amigos, le volvieron la tranquilidad y la salud, y le curaron del deseo de volverse á mezclar en la política, y de tener conferencias con los demonios y endemoniados, que tan caras le habian costado.

JOSÉ QUEVEDO.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

FRANCISCO PETRARCA.

Los gibelinos y los guelfos asolaban la Italia, y estos partidos entregados á la mas espantosa division, hacian surgir nuevas facciones que aumentaban la desolacion, uniéndose á la guerra general, tantas guerras parciales como ciudades contaba la Italia. Los florentinos, gibelinos, se dividian en su poblacion en blancos y negros que se desterraban alternativamente. Arezzo fué el lugar destinado para punto de destierro de la familia de Petrarca, y en él nació Francisco en la noche del 20 de julio de 1304, en ocasion que su padre y otros blancos intentaron infructuosamente sorprender á Florencia. Aun no habia cumplido Petrarca los diez años, cuando le llevó su padre al condado de Aviñon, donde Clemente V acababa de trasladar su pontifical residencia. Desde este

punto envió su padre á Montpellier á fin de que estudiase la teologia y el derecho, ciencias que en esta época se conceptuaban como indispensables; pero á las que el joven Petrarca no manifestaba la mayor inclinacion, prefiriendo á este estudio el de Ciceron y Virgilio. Su padre, lejos de animarle en este género de literatura, arrojó un día al fuego los libros favoritos del adolescente, cuya imaginacion precoz se habia exaltado á la edad de diez años al ver la fuente de Valclusa. Pero un genio, verdaderamente llamado tal, que se entusiasma y admira las bellezas de la naturaleza, no se desanima nunca, y por eso Petrarca, si bien fué sábio por obediencia, no dejó sin embargo de ser poeta. Enviaronle despues á la universidad de Bolonia, donde adquirió la amistad de Cino de Pistoia, cuyos versos le habian grangeado una gran reputacion literaria, y este distinguido poeta corrigió y alentó los primeros ensayos de su amigo Petrarca.

A la edad de veinte años se quedó Francisco sin padre ni madre y pasó otra vez á Aviñon, donde no tardó mucho en conocer que por la infidelidad de su tutor, él y su hermano Gerardo tenían á penas con que subsistir. A pesar de este desgraciado incidente, Francisco Petrarca halló su consuelo componiendo versos latinos, que fueron los primeros cimientos de su venidera celebridad, y los que le valieron la amistad de personas muy respetables, entre ellas, la de Santiago Colona y la de su hermano Juan el cardenal.

El 6 de abril de 1327, lunes santo, á las 6 de la mañana, vió por primera vez en la iglesia de Santa Clara en Aviñon, á Laura, esposa de Hugo de Sade, jóven muy distinguido por su nacimiento y fortuna, pero de carácter imperioso y con el que acibaraba la vida interior de su esposa. Laura tenía veinte años cuando Petrarca la conoció; era rubia y sus hermosos ojos expresaban la pureza de su alma, la inocencia de sus pensamientos, y cierta tristeza de un espíritu elevado que el deber coloca y sostiene en la opresión. El fatal encuentro de Laura decidió la suerte de Petrarca, quien solo buscaba momentos para seguirla á todas partes. El uso autorizaba la publicidad de este amor, que el juicio de Laura y los celos de su marido redujeron á un platonismo que Petrarca maldecía continuamente; y no pudiendo verla mas que por incidencia, ni hablarla, la sacrificó su gusto por la soledad: la sociedad de Aviñon, tan brillante entonces porque los papas habian establecido allí su corte, se apresuró á rendir homenaje á sus grandes y variados conocimientos, así como á su talento, conocido ya por sus poesías latinas, aun cuando sus versos italianos llegarían bien pronto á hacerle mas célebre en toda la Europa.

Sus frecuentes triunfos como escritor, no mitigaban sus cuñitas de amante, y resolvió dejar á Aviñon para viajar por tierras lejanas; pero Petrarca no podía vivir tan separado de Laura y de Valclusa; volvió á Provenza, y su amor, las gracias, las virtudes de Laura y las aguas que riegan aquel delicioso pais, le inspiraron aquellos sonetos, aquellas *canzoni*, objetos de la admiración de su siglo y de los que despues vinieron. He aquí algunos traducidos por don Alberto Lista:

¿Dónde cogió el amor, ó de qué vena,
El oro fino de sutrenza hermosa?
¿En qué espinas halló la tierna rosa
Del rostro ó en qué prados la azucena?
¿Dónde las blancas perlas, con que enfiere
La voz suave, honesta y amorosa?
¿Dónde la frente bella y espaciosa
Mas que el primer albor pura y serena?
¿De cuál esfera en la celeste cumbre
Elegió el dulce canto, que destila
Al pecho ansioso regalada calma?
¿Y de qué sol tomó la ardiente lumbre
De aquellos ojos que la paz tranquila
Para siempre arrojaron de mi alma?

Cuando el planeta que embellece el día
Vuelve á la casa del rosado Toro,
Y entre las puntas de encendido oro
Vivificante ardor al suelo envía;
No á la luz solo de la tierra fría
Da en bellas flores nítido decoro,
Mas de la vida el celestial tesoro
Lleva del centro á la mansion umbría.
Así mi hermoso sol su luz me ofrece:
Me mira, y va en mi seno derramando
De dulce y blando amor llana balagüena.
Mas ¡ay! mi labio tímido enmudece,
Y aquel precioso fuego malogrado,
Pierdo sin fruto en la estación risueña

Cuando Febo en los piélagos de Atlante
Templa su ardor y el aire se oscurece,
Quejas doy de mi mal, que entonces crece,
A la alta luna, al cielo rutilante.
Mi dolor cuento, simple é ignorante,
A amor, que en los rendidos se enfierece,
Al adormido mundo, que enmudece,
Y al dueño esquivo de mi pecho amante.
De mis cansados ojos huye el sueño:
Triste suspiro y lamentable lloro
En mi rostro y mis labios halla el día.
En tanto el alba, su esplendor risueño
Difunde hasta el cenit, y el sol que adoro
No amanece á templar la pena mía.

Todos los sentimientos que forman al poeta, existen en el alma de Petrarca.

Las disensiones de Italia, el abandono de Roma, le afectaron profundamente, y en 1335 pintó en versos latinos dedicados á Benito XII, los males de la patria y el deseo de que Roma recobrase su soberanía. Esta composición hizo que el pontífice nombrase á su autor, que habia recibido las primeras órdenes, canónigo de Lombez. Petrarca se aprovechó de este favor que le proporcionaba poder visitar la Italia, mas al poco tiempo regresó á su casa de Valclusa, y en ella escribió la historia de Roma y el poema titulado el *Africa*.

En un torneo al cual asistió el emperador, por hallarse de paso en Aviñon, preguntó quién era entre las damas que le rodeaban, una que se llamaba Laura; y habiéndola conocido, solicitó cortesmente el permiso de besar unos ojos tan célebres por los versos de Petrarca.

Encargaron al célebre poeta la árdua comision de negociar la paz entre muchos príncipes y repúblicas en que se dividía la Italia. Enviado por Visconti, señor de Milan, á Mantua, cerca del emperador Carlos IV, si bien es verdad que no logró el objeto de su mision, también es cierto que recibió personalmente de este soberano, la acogida mas satisfactoria, y entre otros títulos honrosos, el diploma de conde palatino.

Amado y respetado de todos por la lealtad de su carácter, proclamado el genio mas eminente de la época, durante su residencia en la Provenza, le invitaron para que pasara á Roma á coronarse como el primero de los poetas de su siglo. Empezó su marcha á esta ciudad; pasó por Nápoles, donde por espacio de tres dias consecutivos, sufrió un exámen sobre la historia, la literatura y la filosofía, por el sabio rey Roberto de Anjou, quien encantado de las respuestas de su examinando, se despojó de sus insignias reales, y le rogó que las aceptase á fin de que las ciñera en el acto solemne de su coronación de poeta.

El día de pascua, 8 de abril de 1341, subió Petrarca al capitolio y recibió la corona de laurel que seguidamente depositó en el altar de San Pedro, teniendo para ello que atravesar una multitud, cuyas aclamaciones expresaban el entusiasmo de que se hallaba poseída.

Fué encargado por la ciudad de Roma para que solicitase de Clemente VI llevase á dicha capital la silla santa; también en diferentes ocasiones verificó ciertas importantes negociaciones que siempre tenían por objeto la pacificación de Italia, y pasó y repasó los Alpes con mucha frecuencia.

Hallábase en Verona en 1348, cuando recibió la funesta noticia, de que el 6 de abril del mismo año habia fallecido Laura; es decir, el mismo día y á la misma hora en que la vió por primera vez, siendo Petrarca á quien debemos el conocimiento de tan estraña coincidencia. Aunque Laura tenía mas de cuarenta años cuando murió, y habia sido madre de once hijos, no perdió ninguno de sus atractivos á los ojos de Petrarca, y prosiguió admirando sus encantos y cantando solamente á ella; este

amor que nadie ignoró cuando publicó su *canzoniere*, y los escritos contemporáneos ilustraron el nombre de Laura, quien a pesar de su conducta ejemplar, fué acaso demasiado sensible á los padecimientos del enamorado poeta. Sin embargo, la pasión de Petrarca no le preservó de ciertos estravíos juveniles, pues parece que sustentó relaciones muy íntimas con una mujer de oscuro linaje, de la cual tuvo un hijo que vivió muy pocos años, y una hija que no separó de su lado hasta que la dejó criada.

Predispuesto con la muerte de Laura á las mas graves meditaciones, pasó á Roma, y resolvió vivir con la regularidad que le imponía la posesión de los beneficios que había recibido, mas á título de poeta quedó célebre. Primero se retiró á Venecia, y allí vivió en un magnífico palacio: solo interrumpía sus ejercicios religiosos para entregarse á los estudios, y ya era sexagenario cuando comenzó á aprender el griego que le enseñaba Pilato de Tesalónica, que Bocaccio, el mas querido de sus amigos, le había hecho conocer.

Posteriormente se estableció en Argua, donde el 18 de julio de 1374 le encontraron muerto en su biblioteca, á los 70 años de edad. Todos los habitantes de Pádua concurrieron á sus pomposas exequias, siendo sentida y llorada su muerte por todos los hombres ilustres, con contemporáneos de sus triunfos literarios, de los cuales había sido amigo y bienhechor. Su yerno, Borsano, mandó erigir á su memoria un suntuoso mausoleo.

Con genio, talento, amor al estudio y al retiro, nadie se admirará de que Petrarca haya producido obras tan

eminentes; pero tambien se observará la admiración que inspiraron á sus mismos émulos, y los grandes honores que proporcionaron á su autor; esta justicia tan rara hacia los hombres grandes, acaso la debió Petrarca, menos á su talento que á la bondad de su carácter que conquistaba amigos y protectores en todas partes.

Prodigando su tiempo y su dinero para adquirir manuscritos griegos y latinos, reanimó el gusto hacia las obras de los antiguos. Su estremada sobriedad, su aversión á todo género de licencia, no le hicieron sin embargo enemigo de los placeres; su carácter alegre y jovial formaba las delicias de las reuniones donde se encontraba; era hombre probo, buen ciudadano, fiel y generoso con la amistad. La piedad en sus últimos años, exaltó mas todavía las nobles inclinaciones de su alma: austero y severo con síg mismo, era indulgente y tolerante con los demás. Las obras latinas que Petrarca consideraba como un título glorioso para la posteridad, forman 1,200 páginas en folio que hoy no se leen, y á continuación se encuentran ochenta poesías en lengua toscana, poco estimadas por su autor, pero que tambien contribuyeron á su inmortalidad: se reducen á sonetos y otras piezas de mediana estension que puso por título: *Canzoni* y *Trionfi*. La vida y la muerte de Laura, las dividen en dos partes con el título de *Canzoniere*. Mientras mas se lee á Petrarca, mas se admiran aquellas poesías inspiradas por el corazón. Las mejores ediciones de las obras de este poeta italiano, son la publicada en Biagioli, en comentarios 1822 y la de Buttura, impresa en el establecimiento de Didot.



Petrarca visitando el sepulcro de Virgilio.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.



El Nasico.

EL NASICO.

Tengo yo un amigo á quien llamaremos D..., porque es preciso darle algun nombre, muy aficionado á viajar, y amante de las expediciones peligrosas y atrevidas. Todas las aventuras de sus viages las tiene escritas, asi como sus descubrimientos, formando un grueso volumen, que titula segun el uso moderno, *Impresiones de viages*; pero por fortuna no ha dado en la mania tan comun en estos tiempos de *imprimir sus impresiones*. Sin embargo, he podido conseguir que me ceda algunas hojas de su album para el Museo, y he aqui la copia literal de una que le arrebaté el otro dia.

«Hallábame en Cochinchina en junio de 1814; la mañana estaba hermosa, y salí de la cabaña donde me habia hospedado, para dar un paseo por las orillas del rio Peckty, á corta distancia de su desembocadura, en el sitio en que forman sus aguas un grande lago. Estendíase hasta la misma orilla un ameno bosque, cuyos frondosos árboles agitados por el viento de la mañana, exalaban una frescura deliciosa y apacible. Sumergido me hallaba en la dulce consideracion y recuerdo de mi patria, y con intento de prolongar tan grata reminiscencia, determiné dilatar el paseo; mas un grito que escuché muy extraño en un bosquecillo de bambues, me sacó repentinamente de mi abstraccion. Me pareció oír una voz áspera y enfurecida que repetía afectadamente la palabra *ha-hau ha-hau*, cuyo significado no entendí, pero que creí propia del idioma del pais.

Apenas hube escuchado este grito singular, cuando otros mil le correspondieron por diferentes puntos del bosquecillo, y conocí distintamente que se me iban aproximando. Sin embargo, por mas que miraba á todas las sendas, no veia ni un alma viviente, aun cuando los gritos siempre continuaban.

Comencé á experimentar cierta intranquilidad en mi ánimo, y ya me determinaba á emprender una pronta retirada, cuando vi salir de la espesura á un ser de los mas extraños, que fué acercándose á distancia de unos treinta pasos, saltando y gesticulando de una manera muy singular. A la viveza y petulancia de un niño, unia la cara mustia y la encorbada espalda de un anciano; era delgado de cuerpo y su estatura no pasaba de tres pies y medio; sus brazos eran largos y flacos y tenia las rodillas medio dobladas; pero sus ojos ostentaban suma viveza: era pardo-rojizo el color de su cuerpo cubierto de pelos; de su menton le colgaban unas barbas grises y arrastraba una gran cola; pero lo mas extraño de su figura, lo que no podia mirarse sin asombro ó sin soltar una estrepitosa carcajada, era su nariz. Imaginémosnos la nariz mas extraña, incluidas la de Tangut y la del escudero que tanto asustó á Sancho Panza, y aun no podremos formarnos una idea de la que contemplaban mis ojos. Esta era negra como el carbon, larga de unas seis pulgadas, en forma de espátula, amuecada, y puesta de modo que impedía al ser que la llevaba coger algo con la boca.

Cuando disminuyó algun tanto mi asombro, vine en conocimiento de que el ser que tenia delante, era la especie de mono que Cubier denomina *nacique* (*simia nacica* Schr) ó mono narigudo; al que los naturalistas de la Cochinchina llaman *ha-hau*, á causa de su grito particular. Pertenecce á la familia de los monos con cola, tiene en la boca dos grandes bolsas correspondientes una á cada carrillo, en las que guarda los frutos que no ha podido comerse: tiene las nalgas callosas, y su última muela de la quijada inferior presenta cuatro tubérculos; en una palabra, tiene los mismos caracteres que los demas monos, á escepcion de la nariz.

Mientras que vuelto de mi primera sorpresa estaba contemplando á este extraño animal, continuaba él mirándome y haciendo gestos, cual si quisiese trabar conversacion por señas conmigo, y repitiendo de continuo su grito característico; pero ya fuese que sus gestos careciesen de espresion, ó que me faltase inteligencia, lo que es muy posible, no pude comprender sus intenciones.

Pero no sucedió lo mismo con unos cincuenta compañeros suyos que fueron saliendo sucesivamente del bosque, los que se sentaron en su derredor, sin hacer ningun caso de mi presencia; aunque á decir la verdad me habia apartado unos cien pasos á fin de poder observar sus maniobras sin asustarlos. El primero parecia entre los demas como un orador que delante de una asamblea política trata por medio de la elocuencia unida á los gritos y ademanes enérgicos, de inculcar sus opiniones en el auditorio, ó bien á un capitán arengando á sus tropas para empeñarlas en alguna expedicion arriesgada. Los demas le prestaban la mayor atencion, á lo menos, segun se desprendia de su inmovilidad y silencio.

La sesion duró unos diez minutos, al cabo de los cuales se levantó el orador y se dirigió á un pequeño collado, que se veia á unos cincuenta pasos de aquel punto, cerca de la orilla del lago, siguiéndole todos los demas con el mayor silencio. Hice yo lo mismo para ver en qué terminaba esta escena, pues no me cabia duda de que existia entre ellos algun proyecto determinado, y mas cuando los veia pasar con la mayor cautela por entre los matorrales, cual si temieran ser vistos ó sorprendidos.

Cuando hube llegado á la cima del collado, me pareció que adivinaba su intencion, pues vi detras de la humilde cabaña de un pescador, un jardin bastante grande y poblado de árboles cargados de fruto; pero estaba cercado de una pared bastante alta y creí que no podrían traspasarla aquellos metredadores. Cuando llegaron á las inmediaciones del jardin, se dispersaron trepando algunos por árboles altos para reconocer el terreno, y aproximándose otros á la cerca sin hacer el menor ruido. El jefe de la cuadrilla, á quien nunca perdí de vista, y que era muy fácil de distinguir por su corpulencia algo mayor que la de los demas, fué el primero que se atrevió á subir por la pared y lo verifiqué con suma ligereza y habilidad; mas antes de saltar al jardin se detuvo un rato, y muchas veces levantó poco á poco la cabeza para ver si descubria algun enemigo. Seguro de que no corria peligro, saltó al jardin pronunciando á media voz *ha-hau ha-hau*, que creí la única palabra de los monos *narigudos*, y en seguida saltaron sus compañeros sin precaucion alguna. El jardin fué enteramente invadido, y empezaron por todas partes los estragos y el pillage, y se vieron caer dátiles y otros frutos como llovidos, y mientras unos los derribaban, otros los recogian y echaban á la otra parte de la cerca para llevarse los despues huyendo. No obstante observé que lo primero que hacian todos era llenar las bolsas de los carrillos, de manera que tenian doblemente abultada la cabeza.

Si conocian que una fruta era demasiado voluminosa para que pudiese uno solo lanzarla al otro lado de la pared, como por ejemplo, un melon de agua, se juntaban unos cuantos y trepaban á lo alto, luego la pasaban de mano en mano hasta lograr el intento. En fin: nada era mas curioso que esta escena de saqueo; pero vino á terminarla un tiro de escopeta disparado por el dueño del jardin contra los agresores, los que inmediatamente se esparcieron por el vecino bosque subiendo á los árboles y saltando de rama en rama.

Pronto desaparecieron todos, y el pobre pescador que llegó demasiado tarde, recogió los restos dispersos del mercedo.

Acercuéme á este buen hombre, y me dijo, que aquellos malditos animales hacían lo mismo todos los días en aquel jardín y en los inmediatos.

—Se reúnen por la mañana, prosiguió, y por la tarde en los grandes árboles de las orillas de los ríos, y no perdonan nada de cuanto les conviene, si uno se descuida un poco.

En seguida me enseñó el cuerpo del mono que había matado, y conocí que era el jefe de la banda.

—Con efecto, me dijo el pescador, á él le apunté con preferencia, porque sé que muerto él, los demás se dispersarán y no emprenderán nada hasta que hayan reconocido á otro, y con esto me he asegurado algunos días de descanso en mi asidua vigilancia.

Di unas cuantas monedas al pescador porque me diese el cuerpo del mono, y pienso llevarme la piel á Europa. Mientras volvía á mi domicilio, hacía yo las siguientes reflexiones.

—Los animales salvajes que viven unidos, tienen un jefe, y este es el mas atrevido y astuto de la cuadrilla; y entre los hombres, el mismo puesto se da al mas animoso: en ambos casos el privilegio del jefe es el de esconderse el primero á los peligros, y muchas veces es esta su única prerrogativa: sin embargo, no sucede entre los hombres civilizados: luego es esto un carácter específico que merece entrar en cuenta en la clasificación de las variedades.

Aquí concluye el curioso apunte de mi amigo D.....

ESTUDIOS RECREATIVOS.

VIAJE Á SUECIA.

RECUERDOS DE REVAL (1).

.....La mañana siguiente el huracán no bramaba, y nuestro vapor navegaba apaciblemente bajo un cielo azul y sobre una mar tranquila; los rostros de los pasajeros estaban risueños, íbamos á llegar á Reval. Esta ciudad se alza en forma de anfiteatro á la orilla del mar, y su parte superior, llamada la *media naranja*, está edificada sobre una roca, desde la que hay una vista admirable. La tradición da á aquella inmensa roca un origen poético. El gigante Kalew, que habitaba las orillas del golfo de Finlandia, murió, y sus hijos, en número de veinte, le erigieron un túmulo digno de él, y precedidos de su desolada madre, fueron á buscar enormes rocas para construirle un soberbio monumento. La media naranja tenía un aspecto imponente, cuando la contristada viuda, llevando también un inmenso pedazo de granito al mausoleo de Kalew, se detuvo un instante para llorar. Hallábase sola en el fondo del valle de Jerkull, y entregada á sus dolorosos recuerdos, dejó caer la roca y dio libre curso á su desesperación, llorando tanto, y tan largo tiempo, que á poco el valle se llenó de agua. Un lago, el lago superior, ocupa el sitio de los pastos, y la viuda del gigante, víctima de las olas á que había dado origen, y que sus gemidos agitaban, y asaltada por una inundación que iba en aumento, pereció, en fin, ahogada..... en sus lágrimas.

Aun se ve sobresalir del lago superior el peñasco de la Artemisa del Norte. Por fortuna no todas las mugeres en nuestros días lloran así la muerte de sus esposos, sin lo cual estaríamos constantemente espuestos á un diluvio universal. Son todavía muy sensibles, pero no se ahogan en sus lágrimas.

Desembarcado en Reval, fui á visitar la iglesia de San Nicolás, edificada en el siglo XV, la cual encierra cosas curiosas, y con particularidad el cadáver del duque de Croy (2); lo que merece mas atención es lo si-

guiente. El duque de Croy, que había nacido en 1650, era uno de los generales mas distinguidos del célebre Pedro el Grande, el cual le dió el mando supremo de su ejército en Narva. El duque rehusó este honroso cargo con el pretexto que las tropas rusas obedecerían con repugnancia á un extranjero, y se dejarían vencer; pero Pedro el Grande insistió. En fin, el duque de Croy, obligado á someterse á la voluntad imperial, fué abandonado por sus soldados, como lo había previsto, y completamente derrotado, pues Carlos XII y los suecos consiguieron una victoria completa, y el duque fué hecho prisionero. Conducido á Reval, y puesto en libertad bajo palabra de honor, ostentó allí un gran lujo, y aunque no recibía de Carlos XII mas que una muy modesta pensión, no se hablaba sino de sus enormes gastos y desórdenes. Se aseguraba que en las numerosas orgías que presidía, tenía la singular facultad de desemborracharse cuando los demás convidados estaban embriagados como muertos. Para ello le bastaba desembarazarse de su ancha peluca á lo Luis XIV, y en el momento los vapores del vino, saliendo de los poros de su cráneo como un vapor espeso y báquico, le dejaban la cabeza sana y libre en términos de poder comenzar de nuevo á beber. El rey de Suecia, que no solamente se había apoderado del duque, sino de sus tropas, había dado libertad á los soldados conservando solo á los principales jefes. El duque de Croy amontonó deudas sobre deudas, y murió en 1702 sin haberlas pagado. Se preparaban á enterrarle, cuando la familia Noffman, y otros acreedores reunidos, se opusieron á sus funerales, para lo que les concedía derecho una antigua ley sueca, que condena á los deudores á ser privados del honor de la sepultura. En consecuencia, el cadáver del duque fué depositado sin pompa en una humilde bóveda, esperando que alguno de sus parientes le hiciese el favor de sacarlo de aquel sitio. Pero ninguno de los Croys de aquella época tuvo esta consideración para el ilustre difunto, que fué olvidado en su rincón por espacio de 118 años (1). Al cabo de este tiempo, el marqués de Paulicci, gobernador de Reval, hallando que la penitencia mortuoria duraba demasiado, quiso ponerle término, y mandó el entierro definitivo del general de Pedro el Grande. Hizo sacar al duque de Croy de su féretro provisional..... pero ¡oh sorpresa! estaba en un estado de conservación, que pa-

(1) Copia del Album del vizconde de Arlincourt.

(2) Water Scott nos afirma positivamente que la familia de Croy descende de Quintin Durward.

(1) El emperador de Rusia ofreció pagar la mitad de las deudas del duque de Croy, con tal que su familia consintiese en hacerle enterrar; pero ella, según dicen, lo rehusó.

recia maravilloso. Su traje estaba intacto: se hubiera podido creer que aun vivía. No obstante era imposible á pesar de esta rara circunstancia, mirarle como un santo y canonizarle, pues no había muerto de ningún modo en estado de gracia, y hubiera sido un escándalo esponer los maravillosos restos á la veneracion de los fieles. Sin embargo, el marqués de Pauliceí no pudo resistir al deseo de ofrecerle á la curiosidad pública. Por tanto el vencido en Narva fué colocado en la iglesia de San Nicolás, bajo una urna de cristal en un lecho lujosamente adornado.

Hace veinte y dos años que la muchedumbre se reúne en derredor de este singular sepulcro, y el sacristan que lo muestra á los curiosos saca una buena renta: el arruinado ha hecho su fortuna.

Causábame repugnancia ver traficar así, con una raza sepulcral, y me acerqué á ella con asco: el célebre muerto se presentó en efecto delante de mí, no solo en huesos sino en carne, á pesar de no haber sido embalsamado. El duque de Croy, cuyas facciones no están de ningún modo desfiguradas, conserva aun su vestido de terciopelo carmesí, la valona de encages, las medias de seda y la camisa con que fué depositado en el féretro, hace ya ciento cuarenta años. El viejo sacristan de San Nicolás lo muestra con orgullo á los estrangeros, y cuando se quiere colmarle de alegría, no hay mas que dirigirle estas palabras:

—Es pasmosa la semejanza que teneis al duque de Croy.

—No es verdad, responde lleno de gozo y entusiasmo; y con efecto, la costumbre de vivir con el cadáver del que éllama su *amado bienhechor*, le han identificado con él en cierto modo. *Los que se juntan se parecen!* es ya un proverbio; así el sacristan se lisongea en algún modo de no ser mas que una misma cosa con el duque. ¡Qué triste unidad!

No obstante, nada hay menos respetuoso que el modo de tratar su ataúd y sus restos. Sacude los brazos, las piernas y la cabeza del muerto, sin respeto ni piedad, sin ceremonia ni moderacion, y con la mas reprehensible irreverencia. Nada le importa que se grite, que se ria á carcajadas sin respetar la muerte ni lo sagrado del lugar, con tal que en seguida se saque el bolsillo. Pagad bien, y todo irá á las mil maravillas.

Habia sucedido recientemente una graciosa aventura en aquella misma iglesia de San Nicolás. Héla aqui: Inés, bella jóven de Reval, tenia por amante á un manco llamado Dmitri. Un dia, ambos amantes se paseaban juntos en las orillas del golfo, cerca de las ruinas del antiguo convento de Santa Brígida.

—Dmitri, dijo la hermosa, teneis fama de inconstante; verdad es que me jurais un amor eterno, pero lo mismo habeis hecho con otras muchas.

—No, Inés mia, sola tú eres la dueña de mi corazón.

—¡Ah! ¡si dejases de amarme!

—Si yo dejase de amarte, que Dios me castigue en el momento, que me quite la juventud y la vida, que no tengi piedad de mí, que me reduzca al estado del duque de Croy.

—¡Qué idea tan horrible! ¡Callad!

—¡Inés! ¡Tu dudas de mi amor! pues bien, quiero tranquilizarte; ve mañana por la noche á la iglesia de San Nicolás, y allí, al pie del altar juraré solemnemente casarme contigo. ¿Quedarás así satisfecha?... Dios oirá mi juramento.

—Iré, respondió la jóven.

Al dia siguiente á la hora convenida, Inés se encaminó á la iglesia y llegó llena de amor y de esperanza, habiéndose procurado antes los medios de introducirse en el templo; pero entró y solo halló tinieblas y silencio, al llegar á la primera cita.

—¿Cómo! ¡No ha venido aun! dijo la jóven turbada: ¡si habrá cambiado de pensamiento

Agitábanla sombríos presentimientos, se arrojó y se dirigió á Dios, esperando al amante adorado. Puesta en la tierra, no era al cielo á quien pedia, pero al menos á él era á quien rogaba.

Pasóse la hora sin que Dmitri llegase, y la desconsolada niña se levantó con espasmos de inquietud y vértigos de terror.

—Ya no me ama, se decia á si misma; me ha engañado y se burla de mí. ¡Dios castigará al pérfido!

En este momento percibió en una de las estremidades de la iglesia, una luz viva y rojiza que salia al través de las hendiduras de una puerta. Abrióse esta y vió una sacristia donde había una estufa: ¿quién habrá encendido fuego á esta hora?... ¿Con qué objeto? ¿Para quien?

Inés corrió hácia el sitio misterioso; su corazón latia con fuerza. Abrió la puerta con precaucion, y vió un hombre sentado en un ancho sillón enfrente de la estufa, que con la espalda vuelta se estaba calentando.

—¡El es! ¡Mi Dmitri! dijo Inés; y se acercó pálida y turbada; sus pasos apenas tocaban el pavimento ni causaban ruido.

—Aquí estoy, amado mío, dijo en voz baja; ¿pero por qué este fuego?

Al decir estas palabras se acercó y dió un espantoso grito. Dmitri, el bello Dmitri, habia cambiado de forma y de aspecto, y se hallaba en el estado de un cadáver, en el estado de el del duque de Croy, y así convertido en una momia delante de ella, estaba sentado y se calentaba á la estufa. ¡Desdichada Inés! El horror se pintaba en su rostro, y recordó con espanto las palabras de su amante en las ruinas de Santa Brígida.

—«Si yo ceso de amaros, que el cielo me reduzca al estado del duque de Croy.»

—¡Ay Dios mío, Dios mío! exclamó; ¡es así como debía volverte á hallar! Dmitri, eres tú.....

La desventurada amante queria reunir todas sus fuerzas y acercarse mas; pero un negro velo oscureció sus ojos, y la pareció que el cadáver se removía, y que oia el crujido de los huesos; la miraba..... y se reía..... helada de espanto, loca y dando gritos inarticulados, huvo como un relámpago, atravesó la iglesia á pesar de los obstáculos y de la oscuridad, y llegó á la puerta. Un hombre la cerró el paso.

—¡Inés! exclamó, era Dmitri.

La asombrada jóven cayó en los brazos de su amante, el cual no comprendia nada del espantoso estado en que la encontraba. ¿Qué delirio! ¿Qué era lo que ella decia?

—¡El duque de Croy!..... está allí sentado, y se calienta en una estufa!...

—¿Qué escucho!

—Ha resucitado.

—¡El duque!

—Y le he tomado por vos.

—Inés estaba casi desmayada, Dmitri la llevó en sus brazos, y despues de haberla dejado en su casa, corrió á la de un magistrado.

—El duque de Croy, le dijo, ha resucitado esta noche.

—¡Vamos! Estais loco.

—Venid, le vereis por vos mismo como se calienta en la sacristia despues de haber encendido la estufa.

Dirigióse el magistrado á la iglesia; llegó al lugar en que reposaba siempre el ilustre difunto, vió el lecho vacío, y entrando en seguida en la sacristia, hallóse con el cadáver.

—¡Quien va! dijo una voz ronca, y el magistrado cayó de espaldas, no dudando que el resucitado era el que le dirigia la temible pregunta, y creyó morir en el acto. Felizmente Dmitri le seguia á corta distancia, y se apresuró á socorrerle: le levantó y preguntóle.

—¡Si... el duque sentado... cerca del fuego!... esto es inaudito!... el muerto se calienta.

En esto se presentó el sacristán y todo se explicó sin prodigio.

—¿Vos ahí? dijo el magistrado.

—Sí: cerca de mi querido bienhechor.

—Pero ¿qué hacíais con él.

—Le calentaba.

—¿Para qué?

—Era preciso secarle porque el tiempo está muy húmedo. El duque estaba mojado sobre su lecho, y no solo sus vestidos se echaban a perder, juro que hasta su misma figura se alteraba. Por eso he encendido fuego y caliento a mi querido bienhechor.

El sacristán había ido a buscar leña para su estufa, en el momento en que Inés apercibió al duque, y él era el que volviendo con su provision y oyendo a alguno acercarse, había gritado: ¡Quien va! Este hecho como puede suponerse fué despues referido largo tiempo con numerosos comentarios.

Al día siguiente caballos de posta me conducian á carrera abierta al castillo de Kolk donde me esperaban amables amigos. El general Brevern me acompañaba. Dimos de paso una mirada á las ruinas de Santa Brigida y recogí en el curso del camino muchas leyendas sobre el pais: he aquí algunas:

Uxkull era uno de los mas poderosos señores y de los mas belicosos caballeros en la edad media. Habitaba una fortaleza cercana de Reval, de la cual huyó uno de sus esclavos temeroso del castigo de una falta grave que cometiera. Uxkull siguió á su esclavo, pero este se había refugiado en la ciudad libre de Reval, y nadie tenía el derecho de apoderarse de él sin autorizacion; pero Uxkull era de aquellos hombres feroces y atrevidos que ningun obstáculo deliene, y que ningun riesgo hace retroceder. Ostentando su altanería entró en la ciudad, se apoderó de su esclavo, y él mismo y con su misma espada le cortó la cabeza antes que los magistrados tuviesen tiempo de hacerle sus justas reclamaciones. La espada de Uxkull cortaba admirablemente.

Conmuévase la ciudad; el soberbio caballero había violado las leyes divinas y humanas. Nada había respetado, ni el sagrado derecho de asilo, ni la autoridad legal, ni las costumbres del pais, ni los fueros de la ciudad. Reval debía ser vengada.

¡Mas cómo apoderarse del arrogante guerrero! ¿Cómo lograr que abandonase su fuerte castillo! ¿Cómo prenderle y castigarle! Había en la ciudad una bella y noble dama, á la cual rendía sus homenajes.

El orgulloso Uxkull, aunque no había hecho ningun progreso en su corazón, tenía la costumbre de creer siempre seguro el triunfo. Una noche le entregaron un billete.

«Querido Uxkull: largo tiempo he combatido y oclutado mis sentimientos por vos, pero al fin triunfais, yo os amo, y lo que es mas os lo confieso. Venid esta noche á Reval, yo misma os abriré en secreto la puerta pequeña de mi casa, cerca de la de Steinboch, venid; contaré las horas con la impaciencia del amor»

Esta carta mal redactada y peor escrita, nada tenía de elegante ni de ingeniosa. Este no era un mensaje de amor en buena regla, pues le faltaban una multitud de medias tintas y delicadezas, las transiciones no eran buscadas con miramiento, su estilo era crudo y la declaracion repentina. Una dama de alto rango, no podía descarrarse de tal modo.... pero Uxkull, con su carácter presumido, no dudó de que el billete pudiera ser fingido, se habría sonrojado de pensar que una muger dejase de responder á su llamamiento; así se adornó con la mayor elegancia, y apenas llegó la noche llamó á la indicada puerta.

¡Oh traicion! apenas había puesto la mano sobre la

TOMO VI.

aldaba.... cuando muchos hombres armados se arrojaron sobre él, y hecho prisionero y cargado de cadenas quedó en poder de la ciudad indignada que iba por fin á vengarse. Apenas llegó á noticia de los nobles del pais la prision de Uxkull por medio de un pérdida lazo, tomaron las armas y reclamaron el prisionero. Los magistrados de la ciudad respondieron con audacia que no debían recibir órdenes de nadie, y en seguida Reval se vió cercada. Los sitiadores tenían en su favor el valor y la fuerza; los sitiados tenían el derecho y la justicia; ¡derecho y justicia! palabras vanas, entonces como hoy día, la razon era del mas fuerte.

Era muy natural que los magistrados de Reval serian necesariamente vencidos, la ciudad tomada por asalto, y que la espada triunfara. No importa, la ciudad vengará su agravio. La trompeta ha resonado bajo los muros, y se intima la rendicion.

—¡Abrid las puertas en el instante! gritó un heraldo. Los magistrados respondieron: *Esta bien*, lo que equivalía á la palabra *si*. Fueron en busca de las llaves de la fortaleza, y los portadores condujeron á Uxkull á la plataforma que dominaba la antigua puerta gótica llamada *Schmiede-Pforff*.

—Caballero gritaron los defensores; en el momento se pondrán las llaves en vuestras manos, aguardad algunos instantes, en tanto os ofrecemos la cabeza de Uxkull. Habiéndolo condenado la justicia, nosotros ejecutamos la sentencia.

Al mismo tiempo el cautivo caballero fué degollado á vista de los sitiadores y la ciudad les abrió sus puertas (1).

Ciertamente había un valor inmenso en desafiar así un ejército triunfante, en el momento mismo en que se rendía á discrecion; pero este valor salvó á Reval. Los nobles que la sitiaban conocían muy bien que su hermano de armas había estado muy lejos de hallarse sin culpa en el suceso que había ocasionado su muerte, y no pudieron menos de admirar la intrepidez con que los magistrados de la ciudad habían pronunciado la condenacion del culpado, y ejecutado la sentencia, con riesgo de un castigo horrible.

Ninguna venganza se tomó, y solo se dió orden en espionaje de la muerte de Uxkull, que la puerta de *Schmiede-Pforff* donde había perecido el célebre caballero, se condenase y tapiase para siempre. Con efecto, así subsistió hasta el reinado de Catalina II, que la hizo abrir.

La cuchilla del verdugo que cortó la cabeza de Uxkull se conserva en Reval en el museo nacional. En la hoja de la cuchilla, se leen dos versos que dicen:

No fué muerto por venganza
Sino por voluntad del cielo.

En el siglo XV había en las cercanías de Reval una familia noble y opulenta que se distinguía con el apellido de Scheremberg; una de las poderosas damas de esta ilustre casa había reunido cierto día en su castillo una numerosa asamblea. En el fondo del salon donde el festín se celebraba, había una inmensa estufa tan inmóvil como pesada. ¡Era obra de la castellana!

—¡Noble señora! dijo uno de los convidados; ¡Qué magnífica es esta casa!

—Sí, murmuró una voz envidiosa, ¡es muy bella, pero no muy duradera.

Oyóla la castellana, que orgullosa y altanera como Uxkull, se creía privilegiada en todo y para todo, y su felicidad le parecía una gracia debida de justicia, del mismo modo que su fortuna un derecho inmutable.

—¡Duradera! repitió alzando su soberbia frente. Tan

(1) En Reval conocí al baron Alejandro de Uxkull; gentil-hombre del emperador y descendiente del famoso caballero de quien hablamos.

sólida y tan durable como lo es y será la estufa construida aquí para mí y para toda mi descendencia. Todo en mi casa es eterno.

En el mismo instante salió una carcajada infernal de la magnífica estufa que ella señalaba con el dedo, un crujimiento espantoso la sucedió, y la estufa se rajó y cayó á pedazos.

Palideció la señora de Scheremberg, y en aquel mismo año la afligió una série continua de desastres y desgracias, pues su fortuna se desmoronó y su estufa y su orgullo como su fortuna.

Murió sin dejar siquiera con qué pagar sus funerales, y algunos amigos caritativos le pagaron un modesto entierro. En cuanto á sus descendientes no pudieron recobrar el antiguo esplendor de los Scheremberg, y la familia ha permanecido siempre pobre.

Al volver á Reval fui á ver al gobernador de la plaza Patkull, pues deseaba conocerlo, porque me refirieron una historia singular que pertenece á su familia. El gobernador que es de una talla muy alta, tenía entre

sus abuelos un guerrero gigantesco y escesivamente orgulloso con su alta estatura. Ocurriósele un día colgar del techo una enorme lámpara de cristal sin servirse de escalera ni taburete, y sin empujarse siquiera sobre las puntas de los pies; encantado de esta obra maestra, depositó una suma considerable en un establecimiento público, con orden de no entregarla sino á uno de sus descendientes que llevase el apellido de Patkull y que pudiese quitar la araña de su lugar sin escalera ni taburete. Ningun Patkull se ha hallado desde aquella época con una estatura bastante aventajada para poder descolgar la araña y cumplir el extravagante deseo de su altísimo ascendiente.

¿Y el dinero? El cristal pende aun del techo y la suma aguarda al gigante.

Lo siento por Reval, pero todas sus crónicas inducen á creer que la vanidad era allí en otro tiempo la base fundamental del carácter de sus buenos habitantes. ¡Libreme Dios de pensar que es ahora así! pero yo no juzgo, solo refiero.

ESPAÑA CABALLERESCA.

MARTÍN ALFONSO DE HARO.

1095.

Toda historia tiene algo de novela,
toda novela tiene algo de historia.

I.

Los cristianos combatían en Castilla con todas sus fuerzas bajo el mando del sexto de los Alfonsos, é iban extendiendo sus conquistas por el reino de Sevilla, sometido al dominio absoluto de Mehemet-bed-Abad. Este reclamó para conjurar la terrible tormenta que iba á descargar sobre su cabeza los poderosos socorros de Jussef-Tasfin, rey de Africa. Jussef, pasó con la rapidez del rayo á España, reunió sus fuerzas á las de los defensores de la ley del Profeta, y en una batalla decisiva dada entre Badajoz y Mérida, quedó completamente derrotado el ejército cristiano. Veinte mil hombres perecieron, y los historiadores atribuyen tanta catástrofe al terror que se apoderó de los caballos de los españoles, al ver por la primera vez los corpulentos dromedarios que de Africa trajera Jussef. Alfonso en vano hizo prodigios de valor, vió en derredor suyo caer la flor de sus caballeros, el mismo quedó herido, y sin la decisión de su escudero don García hubiera caído en poder de los vencedores.

Los árabes y los africanos para comprar la victoria; la muerte había recorrido también sus imponentes filas, y no se hallaban en estado de perseguir los restos del ejército cristiano, que el rey Alfonso, mostrándose superior á la fortuna, en buen orden dirigía sobre Toledo. La paz era el deseo común de cristianos y musulmanes, y la paz fué concluida. La bella Zaida, hija del rey de Sevilla, renunció á la ley del Profeta, y subió al trono de Castilla y de Leon como esposa de Alfonso.

Este enlace fué el sello de la paz entre ambos reinos, y España fatigada de tantas guerras respiró un momento. Alfonso se consagró al amor de su dulce esposa, y cedió sus posesiones en Portugal á Enrique de Besanzon que había combatido á su lado y ganado la mano de su

hija. Esta cesión fué el origen del actual reino de Portugal. Don García el escudero y el favorito de don Alfonso, fué uno de los que compusieron la embajada que en Sevilla concertó el matrimonio de su rey. Los árabes principales le festejaron á porfía pues todos veían un fausto acontecimiento en la conclusión de la paz, y como don García era uno de los donceles mas bizarros y apuestos de Castilla, las damas moras le trataban con él mayor afecto.

II.

Aunque los árabes de Sevilla se hallaban en completa paz con los cristianos, no obstante algunas violencias por ambas partes, quebrantaban á veces los tratados. Aboud-Said, uno de los guerreros mas ilustres de la tribu de los Alhamares que había venido de Arabia á Africa y de allí á España, y que tenía varios castillos suyos en el reino de Sevilla, Córdoba y Jaen, se había retirado á una de sus fortalezas á la conclusión de la paz. En vano Mehemet su rey, había intentado retenerle en su corte, de la que era el mas bello ornamento su hija Zaira. Solo con ella en su castillo rodeado de esclavos, su único placer, su sola distracción, era dañar á los cristianos. Mas que el fanatismo religioso, le impelia un espíritu de venganza; la necesidad de borrar alguna ofensa. Maldecía la paz que le reducía á la inacción y empleaba sus fuerzas en cautivar á cuantos su mala suerte conducía á la intermediación de sus fortalezas. Mas de una vez reclamaciones serias obligaron al rey de Sevilla á interponer su autoridad para librar á algunos; pero mas de una vez también quedó desairado el descendiente de los califas, porque Aboud-Said era un hombre poderoso, y con todos los elementos necesarios para hacer estallar una rebelión. En vano las súplicas de la joven é interesante Zaira intentaban templar su furor; sus lágrimas solo servían para encender mas su cólera.

Varios eran los cristianos que fiados en la paz habían pasado cerca del castillo de Aboud-Said, y habían sido cautivados contra toda ley, y sufrían un trato cruel, bárbaro é inhumano. Los hacía trabajar continuamente en

las obras del castillo vigilados de algunos de sus esclavos africanos, que se complacían en hacer sentir á los cristianos todo el peso de su misera situación; casi desnudos, sujetos ambos pies con una pesada cadena, faltos del alimento preciso, muchos habian perecido en tan penoso cautiverio.

Un caballero que en una noche de tempestad perdido en el camino habia demandado al inhumano árabe la hospitalidad, gemia tambien en tan dura condicion. Cuando descansaba un momento de las duras fatigas á que sus manos delicadas no se hallaban acostumbradas, volvía su apenada vista á la vecina ciudad de Sevilla, donde todo era paz, todo tranquilidad, todo placeres: dirigíala despues á Castilla, en donde habia dejado una familia que le contaba en el número de los muertos hacia tres años, y un alto puesto en la corte de Alfonso. El rostro noble, la constancia con que sufría sin lamentarse, como los otros cristianos, su suerte le atrajeron la consideracion, el interés de Zaira. Esta fué la sentencia de su muerte. Aboud-Said, cuya conducta dirigía una causa oculta y particular, se apercibió del interés que el cautivo inspiraba á su hija.

Un día al declinar la tarde, Aboud seguido de cuatro africanos se colocó en la puerta de una especie de mazmorra donde se encerraban los cautivos, que serían unos doce, á dormir por la noche. Pasaron todos sin osar de terror mirar al árabe, tanto era el pavor que su sola vista les inspiraba. El último solo osó mirarle fijamente. Iba tal vez á dirigirle alguna reconvencion, cuando á una señal de Aboud, cuatro africanos se precipitaron sobre él sin abrir la boca, sin pronunciar una sola palabra como si fuesen mudos. El dueño del castillo queria fuesen parcos en palabras, pues los horribles misterios del castillo, debían ser protegidos por el silencio de la muerte.

Los africanos bajaron al noble cautivo á un oscuro calabozo, colocaron su cuerpo sobre una poca de paja húmeda, y sujetaron su cuello á la pared por medio de una fuerte argolla, pero con tan poco miramiento, que saltó la sangre y perdió el sentido.

III.

El cautivo que así habian atado á la pared del calabozo, era don Martin Alfonso de Haro, noble caballero que en la corte de don Alfonso ocupaba un distinguido lugar. Como Castilla y Sevilla se hallaban en paz, iba á recoger una parte de la herencia de su padre, de un cristiano residente en Sevilla, cuando ya inmediato al término de su viage, habia sido vilmente detenido por Aboud-Said, á cuyo castillo habia llegado, fiado en la tregua, á demandar hospitalidad. En vez del generoso asilo que los árabes eran tan inclinados á conceder, habia hallado la esclavitud.

Vuelto en sí al cabo de algun tiempo, bien pronto comprendió su triste posición. No reinaba en derredor suyo aquella oscuridad inseparable, compañera de los calabozos subterráneos. Una lámpara suspendida sobre su cabeza iluminaba aquella estancia atroz. Enfrente se veía el esqueleto de un hombre que allí habian dejado podrir, y que exalaba un olor cadavérico. Así la luz servía solo para atormentar la imaginacion antes de atormentar el cuerpo.

—O tú que me has precedido, dijo don Martin fijando la vista en el esqueleto con noble resignacion, quien quiera que seas y tal vez alguno de mis amigos, porque los mas caros á mi corazón han desaparecido ó muerto en los campos de batalla; quien quiera que seas, pide á Dios que ha recibido tu alma, que la mia llegue á él, y quiera cual cristiano y buen caballero!

Las horas de la noche fueron mortales. Una fiebre, acompañada de un delirio espantoso, se apoderó de su cabeza; en vano intentó arrancar la argolla que le sujetaba y que le abrasaba como un círculo de fuego. Una sed ardiente le devoraba, volvió su vista y alargó su mano para ver si encontraba un poco de agua. Nada, el cántaro estaba vacío. Se le negaba hasta el agua y el pan negro, comida ordinaria de los infelices destinados al suplicio.

Difícil es describir el tiempo que duró el delirio de don Martin; cuando volvió en sí, su cabeza se hallaba sostenida no por la dura argolla, sino por otra cosa flexible y suave que se prestaba á sus movimientos, y al alzar los ojos para examinarla, reconoció el brazo de una muger arrodillada cerca de él, cuyo rostro cubría un denso y blanco velo, pero que parecia honrar con el mayor respeto su infortunio.

Refrigeró sus desecados labios con una bebida fresca que gustó con ansia el cautivo, le ofreció unos alimentos que habia colocados donde facilmente podia recogerlos, y con un acento que penetró hasta el fondo de sus entrañas le dijo:

—Ten firmeza y esperanza, yo velo por tu vida. Y sin aguardar su respuesta salió por una puerta de la subterránea estancia, poniendo un dedo sobre su boca y con la mayor precaucion.

A la mañana siguiente ó á la noche, porque la noche y el día tenían igual color en este sepulcro, don Martin oyó descorrer cerrojos, y vió abrirse la puerta del calabozo.... Esperaba volver á ver la aparicion que durante su sueño habia venido á velar en su salvacion; abre los ojos lleno de confianza, y su mirada naturalmente grave y severa espresaba el reconocimiento, y es seguro que no experimentaria tanto horror un niño que creyendo acariciar una blanca paloma encontrase de improviso en su mano la helada cabeza de una serpiente, como experimentó don Martin cuando reconoció la horrenda figura del negro africano, verdugo y ministro de las venganzas de Aboud-Said.

Contempláronse los dos un momento con el desden propio de su situación. Don Martin lo miró con el desprecio de un valiente caballero, el africano con la alegría de la hiena, cuyos ojos brillan alterados de sangre á vista de su victima.

—Cuando quieras, asesino, dispuesto estoy á la muerte.

—Asesino! ese es mi nombre! esclavo y verdugo del castillo, gozo en ver sufrir á los cristianos y á los árabes. Poco me importa que estos ó aquellos sean libres, pues yo siempre he de ser esclavo.

—Hablas mucho, esclavo, y tal vez tu amo aguarde impaciente mi cabeza.

—Mi amo! mi amo! murmuró entre dientes el africano. Sí, sí, es mi amo, pero guárdese él mismo.

El africano no traía consigo arma alguna, desató de la argolla á don Martin, atándole los brazos á la espalda, sin que este opusiese la mas ligera resistencia. Don Martin conocía que hubiera sido inútil, y así se preparó á morir con la resignacion de un cristiano y con la firmeza de un caballero. El africano lo conoció así, abrió la puerta del subterráneo sin la menor desconfianza. Don Martin, imaginándose que iban á quitarle la vida en presencia del inhumano Aboud y ver la luz del día, exclamó:

—Gracias á Dios que aun volveré á ver la luz del sol!

—No, replicó bruscamente el africano, aquí terminarás la vida; y al mismo tiempo alzó una gran piedra que cerraba la boca de un profundísimo pozo. Aproximó despues una especie de tajo destinado á apoyar sobre él la cabeza de la victima.

Don Martin lo comprendió todo con una sola mirada.

—Ya ves que nada se ha olvidado, encomienda tu al-

ma á tu Dios ó al Profeta, á mí me es indiferente, interin yo voy á aquel rincón á buscar la buena amiga á quien tu boca ha de dar el último beso.

Dió algunos pasos hacia un extremo del subterráneo, y viendo á don Martín que de rodillas oraba,

—Bien! así me gusta porque te advierto que todas las puertas exteriores están cerradas, y que es imposible la fuga.

Adelantóse el africano hacia un rincón del subterráneo donde no podían penetrar los débiles rayos de la lámpara, y al llegar donde sin duda debía esperarle algún otro esclavo, dijo: dame ya el hacha y vente conmigo.

La persona á quien él se dirigía, había hallado medio sin ser vista de aproximarse al cautivo, cortar las cuerdas que ataban sus manos, y presentarle el hacha que el africano pedía.

—Valor, cristiano! todas las puertas están cerradas; tuya es la vida de tu verdugo!!!

Don Martín se levanta subitamente, el africano corre furioso á él pero sin armas; quiere derribarle y oprimirle con el peso de su nervioso cuerpo; pero el cristiano de un solo golpe derriba á sus pies cadáver al verdugo, abre los ojos y reconoce á la muger cubierta con el blanco velo que un día antes le había animado y consolado en su prisión. Don Martín arrojó el cadáver del africano al pozo destinado para él, y siguió á su misteriosa salvadora al través de largos y desconocidos corredores hasta una oculta estancia del castillo.

Allí levantándose el velo la hermosa Zaira, dejó ver sus bellísimas facciones.

—Me conoces, cristiano? le preguntó enseñándole el rostro.

—Sí, respondió don Martín, sois la hija de Aboud el mas cruel enemigo de los cristianos.

—Tú has pronunciado el nombre de mi padre, dijo inclinándose con respeto, bendito sea su nombre, y Alá le perdone el daño que causa á los cristianos, ya que uno de ellos ha sido el autor de todos mis males.

Don Martín hizo un movimiento de reprobación con la cabeza.

—Eres castellano, eres caballero, y tal vez mas que nunca me condenas; pero te juro que soy inocente.

Un ligero suspiro se oyó; don Martín volvió la cabeza para ver el punto de donde podía venir.

—He ahí mi prueba, mi justificación, mi testigo, tú lo has oído, vas á verlo.

Y al decir esto le aproximó á un lecho donde dormía un niño de cuatro á cinco años, bello como un sol.

Su madre le contempló con orgullo y dolor, dejando caer sobre él una lágrima ardiente. Iba á despertarlo cuando volviéndose á don Martín le dijo: dejémosle dormir aun, y tú cristiano, escúchame con bondad.

—Teneis derecho á exigirlo todo de mí.

—Yo he desobedecido á mi padre, he faltado á la ley santa del Profeta, he merecido la maldición del cielo. Yo he recibido el amor de uno de tus compatriotas, me juró ser mío, tenía un nombre noble, y ese nombre debía pasar á mi hijo. Me abandoné á él... y el pérfido no ha cumplido sus juramentos. Tal vez en la corte de Alfonso, busque en Toledo nuevos amores en los brazos de alguna hermosa. Mi padre desde entonces procura vengar en cuantos cristianos puede depararle la suerte, mi ofensa y el ultraje hecho á su sangre. Mi hijo hubiera sido su primer víctima á no haberlo podido salvar, y tenerlo hasta ahora oculto, valiéndome del anciano árabe Argib, su médico y el hombre de su confianza; con él he concertado los medios de asegurar tu fuga; él me ha proporcionado entrar en el subterráneo, y ha alejado al satélite de tu inhumano verdugo.

Argib ha hecho creer á mi padre que mi hijo había muerto á pocas horas después de haber nacido. El in-

feliz al saber esta noticia la ha recibido con indiferencia; jamás me ha preguntado nada; en esta estancia conocida solo de Argib, que dirigió la construcción del castillo, es donde yo he depositado mi mas precioso tesoro. Tú, el médico Argib y yo, somos las únicas personas que aquí hemos entrado. Ah! Mi padre lo ignora todo. Así he logrado salvar á mi hijo... ¡mirale cuán duerme, y cuán hermoso está! ¡Ah, si le sucediese alguna desgracia.

Se aproximó un instante al niño, y después volviéndose á don Martín continuó:

—Oye, escucha á una madre infeliz, cuyo corazón está quebrantado de dolor y que bastante indican hasta el desorden de sus palabras. Yo he podido huir y marchar á Toledo á buscar al pérfido que tan vilmente me ha abandonado. Tu reina fué un tiempo la hija de mi rey, ella hubiera rogado y conseguido de Alfonso justicia para mí... pero no podía conseguirme el amor del traidor, de quien con gusto hubiera sido yo la última esclava. En venganza, mi padre ha cautivado á muchos y nobles caballeros cristianos; todos han muerto apesar de mis ruegos, ó lentamente al rigor de los trabajos, ó en el subterráneo. Ah, si supieses cuántas veces le he pedido por tí, por quien mi corazón se interesó desde que te vi! Mi padre ha escuchado mis súplicas sin cólera, con calma, con esa fria calma que anuncia una resolución inalterable. Argib, cansado ya de sangre y á quien mis dádivas han ganado, me confió su proyecto, y él lo ha dispuesto todo.

—Y es posible que un caballero cristiano y español, haya tan cobardemente faltado á su palabra? ¡Su nombre, señora, su nombre! Yo juro ser vuestro vengador, y el de ese ángel que sonriéndose en su sueño ignora su desgracia.

—Para apartarla de su inocente cabeza, voy á hacer el mas penoso, el último sacrificio: voy á separarme de mi hijo por mucho tiempo... tal vez para siempre; temo por su vida á cada instante, y temo con razón; á ti confío mi hijo.

—A mí! respondió asombrado don Martín.

—Quieres recibir este depósito, el mas santo, el mas precioso que puede entregarte una madre?

—Y como?

—Todo está dispuesto; sé quien eres. Argib lo ha previsto todo; marcharás á Toledo, y allí verás al padre de mi hijo.

—Su nombre?

—Al tiempo de marchar lo escucharás de mi labio; tu fuga será ignorada; un caballo tan veloz como el viento te aguarda ya á corta distancia del castillo.

Se aproximó al lecho del niño, lo despertó cubriéndole de besos humedecidos de amargas lágrimas, lo tomó en brazos y con una especie de enagenación lo contempló silenciosa. El niño se sonreía y con sus manos acariciaba el rostro melancólico de Zaira, inocentes y crueles caricias que desgarraban el corazón de una madre.

Puso un momento después el niño en los brazos de don Martín, y un bolsillo lleno de oro para que pudiese procurarse un vestido, y atender á las necesidades del camino. Marcha pronto, exclamó, no me le dejes ver ni un instante mas, ó tal vez no tendré resolución para separarme de él; volvió á cogerle de nuevo y á cubrirle de besos, pero volviendo en sí, ¡cuán desgraciada soy! dijo, y condujo á don Martín que llevaba de la mano al niño, por varios subterráneos oscuros y solo de ella conocidos, á la puerta donde debían darse el último adiós.

La noche era sombría. Ni la luna, ni las estrellas despedían su luz. En la oscuridad don Martín distinguió á pocos pasos de distancia un caballo ensillado, y un hombre que lo tenía del diestro.

Don Martín montó á caballo, colocó delante de sí al

niño que lloró, y que con sus tiernas manos trataba de-
saisirse de él; la madre volvió á besarle otra vez procu-
rando acallarle, y dijo á don Martín. Ahora, marcha y no
olvides lo que como caballero me has ofrecido.

—El nombre del fementido que ha traspasado vuestro
corazon?

—Don García el escudero de Alfonso VI.

Al mismo tiempo don Martín hizo salir á golo-
pe el caballo y en breve se alejó de aquel fatal castillo. Ya se
había perdido de vista el caballo en la oscuridad, y aun
la madre fijó los ojos en el camino, quería correr tras
de ellos é iba á gritar, pero le faltaron las fuerzas y cayó
sin sentido. El hombre que tenía el caballo y que había
visto don Martín la levantó del suelo, la acompañó al
castillo y al entrar en el apoyada en su brazo le dijo:
¡Argib, este castillo es maldito de Alá y de su Profeta!

IV.

Don Martín Alfonso de Haro entraba diez días des-
pues de su salida del castillo de Aboud-Said en la ciu-
dad de Toledo. Las campanas de la catedral anunciaban
una gran festividad. Uno de los favoritos del rey debía
recibir aquella misma mañana en el templo la orden de
la Banda y la mano de una de las mas hermosas y ricas
hembras de Castilla. Don García iba á unir su suerte con
doña Sol de Guzman de quien hacia tres años era el mas
galán y enamorado caballero. Don Martín ya atraído por
el concurso inmenso, deseoso de dar gracias á Dios des-
pues de su larga esclavitud, dejó el caballo á un peche-
ro, y con el niño de la mano, entró en el templo santuo-
so de la catedral. Los ricos hombres, y caballeros rodea-
ban el trono de Alfonso situado á la derecha del altar.
El arzobispo con las vestiduras sagradas y servido de
todo el clero, tenía á sus pies de rodillas á un gallardo
mancebo riquisimamente vestido. Don García iba á re-
cibir la orden de la Banda antes de desposarse con doña
Sol, que llenaba la medida de este nombre por su belle-
za y hermosura.

Acababa de pronunciar don García el juramento que
precede á la investidura de la orden de la Banda, cuando
una voz de trueno se alzó terrible de en medio de la mu-
chedumbre clamando:

—Miente el villano, el perjurio, el mal caballero!

Ya los ministros del rey se apresuraban á castigar al
atrevido pechero que así se atrevía á denostar á un rico
hombre, cuando don Martín rompiendo por entre la con-
currencia, se presentó ante el trono de Alfonso.

—Quién eres? por qué así insultas mi magestad y la
del templo? sabes el castigo de los que ofenden á los
nobles?

Los trabajos habian desfigurado á don Martín; nin-
guno lo conocia. Con aire fiero dijo:

—Yo, don Martín Alfonso de Haro, señor de cincuenta
villas, (un movimiento de admiracion se apoderó de to-
dos), os pido á vos, Alfonso VI de Castilla, un campo y
plazo para castigar un perjurio, y reto publicamente co-
mo tal y con todas armas á don García.

Don García que habia sido el amigo y compañero de
la infancia de don Martín, no acababa de comprender
como este volvía despues de tres años que todos le re-
putaban por muerto, para turbar su felicidad á impedir-
le ser el esposo de doña Sol.

Espuso la ofensa don Martín, que se esforzó en ne-
gar don García; pero el pueblo entero le condenó al pre-
sente don Martín como testigo de su veracidad al ino-
cente niño que le confiara la desgraciada Zaira. Su se-
mejanza con don García hizo una impresion terrible en
todos los circunstantes. Doña Sol y sus parientes ofendi-
dos con don García, se declararon contra él abiertamen-
te, y la reina quiso encargarse del niño, que instruido
por el arzobispo y tenido en la fuente del bautismo por
la reina, recibió pocos dias despues el nombre de Al-
fonso.

El rey no podia negar el plazo y el campo pedido.
Otorgólo, y al cabo de tres dias, don Martín salía á sos-
tener su demanda delante de toda la corte. Don García,
como todos los favoritos, era odiado del pueblo, así que
las simpatías de este estuvieron por la justicia. La lu-
cha fué fatal á don García. Herido mortalmente confesó
su crimen, manifestó sus deseos de repararlo, y reco-
noció á su hijo; pero la muerte le impidió ir á buscar á
la hermosa é infeliz Zaira.

El padre de esta murió á pocos dias despues de la
evasión de don Martín del castillo, y así cuando este
volvió aunque seguido de numerosa comitiva para evi-
tar una segunda esclavitud, á anunciar á Zaira que ha-
bia recibido la reparacion debida á su ultrage, vió que
las obras en que antes trabajaban los esclavos estaban
abandonadas, pues habian todos sido puestos en liber-
tad, y que se hallaba el castillo sin mas que un anciano
árabe que lo guardaba con una corta guarnicion:

Zaira despues de la muerte de su padre, habia mar-
chado á Sevilla, donde Mehemet-ben-Abad la habia dis-
pensado una acogida digna de su nacimiento. Don Mar-
tín pasó tambien á Sevilla y al cabo de tres meses imi-
tando Zaira el ejemplo de la hermana de su rey, abrazó
la religion católica, y regresó esposa de don Martín, que
desde entonces fué mas su cautivo que lo habia sido du-
rante su estancia en el castillo de Aboud Said.

Zaira y don Martín remplazaron en el favor de Al-
fonso VI á don García, y el hijo de este llegó á ser uno
de los generales mas famosos del ejército de Castilla.
Don Martín bendecía muchas veces los tres años de su
penosa cautividad, que le habia proporcionado un teso-
ro tan precioso como el amor, la mano y las inmensas ri-
quezas de Zaira.

EL CONDE DE FABRAQUER.



VIAGE EN FRANCIA.

RUINAS DEL CASTILLO DE BOISIRAME.

Este castillo, como lo indica su mismo nombre, se encuentra situado en el fondo de los bosques. Su territorio, no muy pintoresco á la verdad, no presenta ninguna particularidad digna de observarse, á no ser las ondulaciones que á lo lejos atraviesan los surcos del arado. El camino que pasa por esta campiña sombría, rara vez se ve orillado de árboles, y solo de trecho en trecho se advierten algunas veces unos cuantos pastores y su ganado que pace por aquellos contornos, pero cuya triste y mezquina apariencia, no puede menos que traer á nuestra mente, ideas poco favorables acerca de la cultura de aquellos campos ásteros y solitarios; el corazón del viajero halla un vacío y desaparecen sus ilusiones. Antes de pisar esta comarca nos formamos una idea muy distinta del pueblo que por espacio de tanto tiempo conservó intacto el depósito de la nacionalidad francesa. Hubiéramos querido encontrar unos vestigios mas sublimes en esa población que fué el baluarte, por decirlo así, de Carlos VII, parage donde plantó este rey predestinado la bandera, al frente de un puñado de hombres valerosos y decididos.

He aquí como se espresa un viajero sobre su expedición á Boisirame:

«Desde muy lejos ya divisé el término de mi expedición, el cual consistía en tres masas de piedras blancas, que descollando por encima de los árboles, ofrecen una semejanza con torrecillas sin techumbre; pero á medida que me fui aproximando, se bajaron subitamente tras una cortina formada por el ramaje. Este efecto de la perspectiva, dióme á conocer que todavía me quedaba que andar un gran trecho por el bosque. Apenas hube entrado en sus límites que tendí en vano la vista en la profundidad de la grandiosa avenida que desde luego se presenta; sus sinuosidades no me dejan ver donde termina, ¿mas á dónde puede conducir sino al castillo? Me entro en ella, é insensiblemente penetra en mi corazón y se apodera de mis sentidos el encanto de tan profunda soledad. Tal encanto es inexplicable, cuanto me rodea es sencillo, y con todo mi corazón se conmueve. ¿Será tal efecto del verde ramaje que los rayos del sol iluminan ó del agreste perfume que exhalan los árboles? ¿Será acaso que la memoria de la *Dama de la hermosura*, de la amante real que nadie ha maldecido, ni la historia ha desdorado, en fin, de la bella Inés Sorel, adorne aun la soledad que un tiempo embelleció con su presencia?

La avenida en que me hallaba y que tales reflexiones me inspiraba, después de algun trecho sale á una enercujada del bosquecillo: en este sitio se me presentan delante otras varias sendas igualmente anchas y tortuosas y aumentan mi incertidumbre; pues de todos aquellos senderos uno solo puede conducirme al castillo, y los restantes solo podrán estraviarme. En vano traté de descubrir por entre las ramas algun indicio de las piedras blancas que forman el edificio. Mientras estaba en tanta incertidumbre, oí un ruido cerca de mí; vuelvo la cabeza y veo á una hermosa aldeana en acto de recoger leña, vivo retrato de la castellana Inés. Todo el mundo ha podido ver pintada la figura de la real fa-

vorita; yo la he hallado algunas veces en las mugeres de Berri. Es una fisonomía del todo falta de grandiosidad en sus lineamentos; pero si llena de una humilde y modesta gracia; y puesto que no la admiremos, no podemos dejar de amarla. La aldeana al verme se puso colorada, y llena de sorpresa deja escapar del delantal las ramitas secas que acababa de recoger.

Roguéle que me indicase la senda del castillo, y me contestó en francés muy puro; pues los habitantes de Berri pronuncian muy bien la lengua por lo que tanto tiempo combatieron.

Por último llegué á esas imponentes ruinas: anchos y profundos fosos obstruidos por silvestres malezas y piedras destruidas, muros de un extraordinario espesor sin ninguna especie de adornos, como no sea hoy día el musgo y paretarias que los cubren; edificio sumamente vasto, y capaz de contener un corto ejército en su recinto, desierto ahora y desolado, sin techumbre ni puertas, y abierto por todas partes: tal es el primer aspecto que presenta el castillo, cuyo carácter sombrío dejó confundidas todas mis anteriores ideas. Confieso que tratándose de Inés Sorel mi imaginación se habia figurado una morada muy diversa: sin duda la escuela del renacimiento de las artes que tan bien ha conformado el amor con los edificios, principalmente el amor real y fastuoso, estaba entonces muy lejos de encender su divina antorcha: sin embargo, ya entónces en la arquitectura civil se veía cierta tendencia á los contornos graciosos; de modo que ese famoso tesorero Jacobo Cœur, contemporáneo de Inés Sorel, su enemigo y hasta rival en el favor y valimiento de Carlos VII, mandó edificar para sí un palacio en Bourges, obra de primer orden en cuanto á elegancia y delicadeza. Semejante contraste puede aplicarse en atención á que la favorita habitó en el castillo de Boisirame en una época de guerras, invasiones y sorpresas, cuando no se dormía seguro hasta haber visto caer el rastrillo del puente levadizo. Posteriormente cuando una paz gloriosa permitió al monarca derramar sus favores en sus amigos, el tesorero fiel al teatro de sus primeros trabajos, edificó su palacio en Bourges; y la tierna Inés fue á buscar en las riberas del Sena una mas graciosa morada. Cerca de la aldea de Mesnil existen restos de un castillo que para ella fue edificado y que van á ver aun los anticuarios y eruditos. En él las piedras esparcidas por el suelo y ocultas debajo de las yerbas, aun dan muestras de esquisitos arabescos con las cifras de Inés y de Carlos amorosamente enlazadas.

Pero volviendo á Boisirame, todo en estas ruinas es colosal y bélico, escepto su nombre dulce como un sueño amoroso, fresco como el verdor que le rodea: este nombre no pudo inventarlo otro que la misma Inés. Pero se aviene muy mal con ese monton de piedras, cuyo color negruzco forma un crudo contraste con el verdor del bosque y el puro azul del cielo; algunos pájaros que anidan por aquellos contornos, al parecer entonan un canto amoroso, y todo el paisaje en general forma una estraña mezcla de ternura y de fuerza.

Para poder contemplar los vastos salones del cuerpo principal del edificio, fuerza es atravesar antes varios montones de escombros y ruinas. Ya no existe ningún vestigio de los techos que dividian esas paredes de mas de setenta pies de altura; al lado de estas se ven

trozos de escaleras suspensos en el aire, y algunas chimeneas que dejan traslucir cierto deseo de elegancia en el artificio que edificó la obra. Por las diferentes alturas de las ventanas viénesse en conocimiento de la de los pisos. Los arquitectos de la edad media, todos parecen enemigos de las combinaciones poco complicadas, y aunque no queramos justificar semejante manía, no puede negarse que da ésta á sus obras cierto aire de reliro y de misterio de que carecen los edificios modernos. Este de que hablamos, no obstante la cerca de bosques que le aprisiona, parece que se oculta todavía tras sus enormes torres como para esconder á las miradas indiscretas de las gentes á la hermosa favorita de Carlos VII.

En efecto, la última parte del castillo que llegó á ver, es una ventana ojival adornada con columnitas, y en cuyo timpano hay un bajo relieve figurando dos ángeles con largas cabelleras que sostienen un escudo de armas. Contentóme semejante descubrimiento, pues bien sabía que había de encontrar en la mansión de Inés trazas de ostentación y galantería. Sin duda vivió en esa sala ancha y cuadrada llena de arriba abajo de formidables almenas. La linda ventana de que acabamos de hablar, domina unos doce pies de terreno natural, y hasta su altura están amontonados los escombros. Entró como por asalto en la estancia de Inés. Este aposento, oratorio ó sala de reunión, que todo puede ser, es acreedor á un examen particular y minucioso; aunque es muy difícil, como digo, de determinar cual fué su destino. El techo con arcos le comunica cierta apariencia, religiosa y en la llave se vé el escudo de armas de la ciudad de Bourges, compuestas de tres carneros y tres flores de lis dadas por Carlos VII. Enfrente se me presentó una ancha saetera, y parece espiar el sendero solitario de la otra parte del foso que conduce al camino de Mehun. El castillo real de Mehun donde Carlos VII hizo una larga residencia, dista solo cinco leguas del de Boisramé. En la estancia de que hablamos, solo se conserva un mueble en medio de su absoluta desnudez; no dudo que será una pila para poner agua bendita, admirable particularmente por el primoroso trabajo con que está ejecutado una especie de dosel. Gustáronme mucho los escudos de armas, y otros objetos; pero pasemos á las pinturas. Las bóvedas y paredes estuvieron cubiertas de cuadros y pinturas, de las cuales la mayor parte están enteramente destruidas, otras sumamente deterioradas, y algunas, en fin, que se distinguen perfectamente: estas últimas nos muestran el estado y carácter de la pintura y dibujo en el siglo décimo quinto. No hablaré del santo y la santa en oración con sus aureolas de oro, pero no puedo pasar en silencio una pintura al fresco que se halla al entrar á mano izquierda, pintura preciosa en cuanto presenta en sus mas minuciosos pormenores una escena de aquellos tiempos; allí vemos los trages, fisonomías y costumbres domésticas con toda la osada sencillez y candorosa exageración propias del arte en su infancia: consiste en una partida de caza en el castillo de Boisramé: allí se vé el antiguo edificio con todo su esplendor: el inmenso patio lleno de caballeros que salen á galope con sus escuderos, pages y criados, afanándose por ser de alguna utilidad, y en el fondo del cuadro se divisan espesísimos bosques.

La luz del día iba disminuyendo y penetrando mas oblicua por la ventana; parece que esta antigua pintura se anima de repente en medio de esta incierta claridad; pronto los personajes van tomando cuerpo y agitándose en mi fantasía; tomo parte en sus proyectos y pasiones pintadas en sus fisonomías de bronce, y pronunció en voz baja el nombre de Inés Sorel: me hallé acaso fascinado por el poder mágico de esta muger encantadora? Cúbrese mis ojos con un velo y se me presenta con toda viveza lo pasado. Encuéntrome en este mismo aposento; ahí está la pila para el agua bendita, la ven-

tana ojival y las bóvedas y arcos rebajados ó elípticos; ¡pero qué esplendor! las paredes han desaparecido debajo la multitud de brillantes pinturas y dorados, las gradas están cubiertas de magníficas alfombras. Estoy viendo á Inés Sorel sentada en blasonado sillón junto á la ventana, y al mas leve susurro de las ramas, vuelve sus dulces y azules ojos al sendero de Mehun con una atención estrema, y cada vez que renace la calma y el silencio, una ligera nube, altera la angelical pureza de su fisonomía. Finalmente, da muestras de un dulce estremecimiento y asoma en sus rosados labios una encantadora sonrisa; cae á sus pies el dorado paño que está bordando; pues se oye ruido á lo lejos en el bosque, producido por el galope de un caballo. A la vuelta de la senda parecen dos caballeros; Inés los mira pero ¡ah! ninguno de ellos es el objeto amado. Sin embargo, su llegada anuncia la de su dueño, pues se sabe que ha salido á la caza y ha escogido el castillo de Boisramé por punto de reunión. Inés se hubiera consolado con esta reflexión si en los dos caballeros no viese á dos héroes que sufren resentidos el valimiento de Inés con su soberano, y en las miradas no manifestasen cierta reprensión, atribuyendo la pérdida del reino. Ellos son: ya han pasado el puente levadizo, ya se han apeado, y sus escuderos se llevan los corceles: ya un page se presenta á Inés y anuncia la llegada de los señores de Poton Xaintrailles y Lahire.

Después de haberse calmado ambas partes, la una de su sorpresa y la otra de su embarazo, entró Xaintrailles á esponder el objeto de aquella entrevista. El aspecto del lujo que reina en la estancia, renueva todas las heridas de su alma generosa, describe con inesperada elocuencia la miseria y calamidades públicas, la indigencia de los servidores del rey: presenta el cuadro de una nación fiel degollada por el acero y destruida por el hambre, las tropas inglesas dueñas por fin de Orleans y de Berri, últimas murallas de Carlos VII: Inés escucha y llora.

No obstante, un puñado de valientes que todavía viven, ha resuelto probar un último esfuerzo: Dunois al frente de un reducido ejército se dirige á socorrer á Orleans; Lahire y Xaintrailles van á suplicar á Carlos que los acompañe á Loches, donde su bandera debe atraer á otras varias: por último, hablase de una jóven, natural de Vaucouleurs, á la cual inspira el cielo para el triunfo de la santa causa y que se hace conducir á presencia del soberano.

A esta nueva, conmuévase Inés y pierde el color: infórmase minuciosamente de las circunstancias de la heroína que debe conducir á los franceses á la victoria; acércase á Lahire, y con una mano delicada trata de levantar la espada que cuelga del lado del guerrero. Este se sonríe.

—Vos también, señora, salvareis el reino, mas sin tocar este acero harto pesado para vuestras manos. Obtened del rey que se venga esta noche con nosotros y en lo futuro vuestro nombre será bendecido.

Ya los dos guerreros han vuelto á salir del castillo y los ha reemplazado el monarca de Francia. Indolente como siempre habla con su querida, ó mejor consigo mismo; pues Inés, afligida y pensativa deja caer á menudo sobre el pecho su pura y hermosa frente. No hay expresión capaz de excitar en sus labios la mas leve sonrisa, ni bastante á disipar las lágrimas de sus ojos.

—¿Qué significa semejante pesar? pregúntale Carlos de repente.

—Carlos, este pesar significa que pronto voy á perderos. Luego señalando á una baraja que estaba esparcida sobre una cercana mesa, añade: —Estos naipes que sirvieron para distraer á vuestro desgraciado padre, no son una invención frívola, antes bien encierran secretos muy importantes y dan á conocer los sucesos de lo por-

venir. Acabo de hacer la experiencia, y han respondido á mis preguntas que sería la favorita del soberano mas poderoso de Europa.

Inés dijo estas palabras con cierta dignidad llena de melancolía; y no en vano atacó la caballeresca altivez del monarca que le responde

—Este oráculo bien pudiera tener otro significado que estais lejos de imaginar. Así, Inés mia, para ser la amada y favorita del rey mas poderoso de Europa, no os basta que llegue á ser yo este soberano?

—¡Carlos! ah, ojalá que así se verifique!

Entretanto suena la bocina, ladra la jauría, y se agitan los caballos. En medio del general bullicio se vendos hombres sumergidos en profundas reflexiones, no apartando sus miradas ni un solo instante de la ventana en que se ostentan los reales blasones. Por último, se abre esta imperceptiblemente, Inés muestra en su rostro el sello de una sensible resignación, hace una seña; y los dos caballeros quedan enterados de que Carlos partirá.

De esta suerte estaba yo soñando y renovando las

memorias de lo pasado, resucitando á los antiguos personajes de la Francia, cuando un ruido importuno volvióme en mi acuerdo y me presentó la triste realidad. La oscuridad iba en aumento, con que me fué preciso dejar aquellas ruinas que tanto me ocuparon en los recuerdos de Inés Sorel y de Carlos VII.

Es necesario que la imaginación haga todo el gasto en el exámen del castillo de Boisiramé, por cuanto muy pocos documentos encierran sobre él los archivos: ni sabemos si este edificio fué hecho por orden de Inés o de los antiguos señores del dominio de Bois Crousseau, cuyo territorio le rodea y que Carlos regaló á su querida; ni siquiera se sabe si fué en la torre de Poniente donde Inés mandaba encender hogueras para establecer señas de correspondencia con el castillo de Mehun, ni si en efecto habitó en esta parte del edificio.

Fué destino de este señorío pasar á manos de ilustres propietarios, pues perteneció sucesivamente al gran Colbert, al marqués de L' Hospital, y al mariscal Macdonald.



Ruinas del Castillo de Boisiramé.